PARMÉNIDES Y ZENÓN

Sophoí en Elea

Livio Rossetti





PARMÉNIDES Y ZENÓN

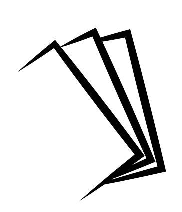


PARMÉNIDES Y ZENÓN

Sophoí en Elea

Livio Rossetti

Prólogo de Mariana Gardella Hueso



teseopress.com

Rossetti, Livio

Parménides y Zenón, sophoí en Elea / Livio Rossetti ; prólogo de Mariana Gardella. – 1a ed . – C.A.B.A. : Alejandro Gutiérrez, 2019.

99 p. ; 20 x 13 cm.

Traducción de: Alejandro Mauro Gutiérrez ... [et al.]

ISBN 978-987-86-0225-7

1. Filosofía Antigua. I. Donegana, Lucas, colab. II. Gardella, Mariana, prolog.

III. Gutiérrez, Alejandro Mauro, trad. IV. Título.

CDD 182.3

ISBN: 9789878602257

TeseoPress Design (www.teseopress.com)

Índice



A la memoria de un gran maestro argentino,
Conrado Eggers Lan (1927-1996)



Agradecimientos

La siguiente es una traducción de *I sophoi di Elea: Parmenide e Zenone*, de Livio Rossetti. La tarea fue realizada por el equipo de traductores del Taller de traducción de italiano que forma parte de *Interpres*, Programa de práctica y estudio de la traducción (Lectura Mundi, Universidad Nacional de San Martín). Integran el equipo de traducción Alejandro Gutiérrez (coordinador general del proyecto), Hernán Calomino, Francisco Cansanello, Gustavo Cruz y Tadeo Debesa, todos ellos estudiantes de la carrera de filosofía de la Universidad Nacional de San Martín (Argentina) y alumnos de italiano del Centro Para el Estudio de Lenguas (CePEL) que depende de dicha universidad.

Agradecemos a Livio Rossetti por permitirnos realizar esta traducción, y por su generosidad y acompañamiento constantes; a Mariana Gardella, por su dedicación, su apoyo incondicional que impulsan nuestra tarea día a día, y la atenta lectura del texto que ha contribuido a mejorar nuestro trabajo; a Lucas Donegana, por la minuciosa corrección de la versión castellana; y a Luca Di Giacomo por las sugerencias que ha hecho a la traducción. Agradecemos también a Alejandro González, coordinador del Programa *Interpres* y a Octavio Kulesz, responsable de la editorial Teseo por su paciencia y amabilidad.



Prólogo

MARIANA GARDELLA HUESO

Este es un libro sobre Parménides y Zenón, "sabios en Elea", según reza el título. Esta breve y aparentemente banal caracterización revela, no obstante, la profunda originalidad del estudio que nos ofrece Livio Rossetti.

Detengámonos primero en Elea, ciudad a la que se consagra el primer capítulo. ¿Por qué empezar por allí? Muchas veces, la historia de la filosofía se nos presenta como una compilación de ideas abstractas, de ideas sin cuerpo. Sin embargo, estas no deberían ser separadas ni del tiempo ni del espacio en que fueron pensadas, puesto que la cronología y la geografía son variables que las atraviesan y moldean de manera inexorable. Por esta razón, la narración sobre la fundación de Elea por parte de los foceos y la descripción del sitio arqueológico de Elea-Velia que nos regala este volumen constituyen un viaje de película que ayudará a situar las ideas de Parménides y Zenón en un nuevo horizonte de sentido.

Aunque parte de la investigación de Livio se apoya en evidencia arqueológica, su tarea no se parece en nada a la de un arqueólogo que desentierra piezas y procura celosamente preservarlas tal como fueron halladas, sino más bien a la de un escultor que, cincel y martillo en mano, talla con esmero la piedra hasta descubrir una magnífica escultura. En este caso, la escultura muestra una nueva imagen de Parménides y Zenón que emerge de esa roca que son sus textos (en estado fragmentario y a veces lamentable). Esta nueva imagen viene a poner en cuestión las interpretaciones que han "momificado" a Parménides como filósofo del ser y a Zenón como su defensor. La labor hermenéutica de Livio se

encuentra en las antípodas de las técnicas de momificación y es el reflejo de un esfuerzo constante por la vivificación plena de los textos antiguos.

Volvamos al título donde Parménides y Zenón son presentados como "sabios" (*sophoí*). Este no es un detalle menor. En efecto, ¿por qué no llamarlos "filósofos"? Porque la filosofía aún no existía en esa época, como Livio reivindica con acierto desde hace tiempo. El concepto de "filosofía" empleado en sentido técnico se registra recién en fuentes de los primeros años del siglo IV a.C., en especial, en algunos diálogos de Platón. De manera que este no es un libro sobre la historia de la filosofía, sino sobre su pre-historia, de la que Parménides y Zenón son protagonistas estelares.

Parménides y Zenón… o Zenón y Parménides porque este volumen subvierte el orden tradicional de los factores y dedica el segundo capítulo al discípulo (Zenón) y el tercero al maestro (Parménides). ¿Cuál es el sentido de esta modificación? Mostrar, en contra de lo que usualmente se repite, que Zenón no pretende refutar a los detractores de Parménides. Aquel no defiende a nadie ni se propone enseñar nada. Sus paradojas son dispositivos que nos llevan a dudar de fenómenos que en apariencia nos resultan incuestionables, por ejemplo, que Aquiles, el de los pies ligeros, alcanzará a la lenta tortuga o que la flecha lanzada está efectivamente en movimiento. ¿Qué se busca con esto? Nada más y nada menos que pensar y hacer pensar. En opinión de Livio, Zenón se muestra como un entrenador deportivo y sus paradojas como ejercicios gimnásticos para buenas cabezas.

En relación con Parménides, aquí se ofrece una interpretación renovada que se apoya en la totalidad de lo que se sabe sobre este antiguo maestro y no solo a partir de los versos del poema que podemos leer después de tantos siglos. De este modo, se puede percibir la amplitud de sus investigaciones y la calidad de sus innovaciones. En efecto, este no se habría ocupado ni única ni centralmente de la noción de "ser" o "siendo" (*eón*), sino también de cuestiones

vinculadas con la astronomía y la reproducción de los organismos vivientes. También, habría explorado nuevos patrones de argumentación que serían posteriormente desarrollados por el matemático Euclides, detalle del que poco se habla. Una de las enseñanzas más originales de Parménides fue que la tierra era esférica y que, como dedujo con la sola ayuda de su razonamiento, debía existir una región templada similar a la del Mediterráneo, que es precisamente esta región, la de nuestra América del Sur. Parménides fue el primero en explicar esto y lo sabemos ahora gracias a este libro que, para rendir homenaje a este descubrimiento, se publica en Argentina, esa tierra cuya existencia Parménides ya intuía.

Como se podrá percibir, este no es un libro cualquiera. En primer lugar, nada de lo que escribe Livio se parece a otra cosa. La combinación entre el rigor de sus investigaciones, la claridad de sus argumentos, la originalidad de sus ideas y su fino sentido del humor hacen que estas páginas se transformen en un álbum de postales nuevas sobre la historia de dos intelectuales que ingenuamente creíamos conocer, al menos un poco. En segundo lugar, este libro, escrito originariamente en italiano, nos llega por intermedio de una traducción. La tarea fue realizada por un querido grupo de estudiantes y colegas cuya tenacidad, esfuerzo y compromiso son sostén e inspiración. La versión castellana logra transmitir la chispa de la versión original y realiza, al mismo tiempo, las adaptaciones necesarias para que se pueda incorporar, como una voz más, a las discusiones sobre Parménides y Zenón que tienen lugar en Iberoamérica. El resultado es un libro que se lee con mucho gusto.

A propósito del libro de Zenón, Livio se pregunta qué es lo que habría sucedido luego de su lectura y propone que, como este representaba un modo de comunicación sin precedentes, seguramente generaría una gran sorpresa y motivaría discusiones cuyo objetivo no sería otro que fomentar dudas para poder mirar la realidad de otro modo. Me gustaría hacer la misma pregunta, pero sobre el libro

de Livio que, de cierta forma, se asemeja a aquel que habría escrito Zenón. Y me animo a aventurar que la respuesta sería idéntica.

Febrero de 2019
Montreal

Presentación

¡Bienvenidos a la tierra de Parménides y de Zenón! En cierto sentido, quien visita las excavaciones de Elea-Velia necesita este opúsculo porque la referencia a aquellos dos antiguos y geniales pensadores es un ingrediente constitutivo de la visita.

De hecho, las excavaciones son interesantes por sí mismas, pero su interés se multiplica si el visitante tiene forma de refrescar las ideas sobre estos dos grandes intelectuales que honraron aquellas tierras, comúnmente etiquetados como "filósofos".

En efecto, la referencia a Parménides y Zenón es portadora de un extraordinario valor añadido, como saben los numerosos amantes de los estudios filosóficos que se dirigen a Elea casi en peregrinación. La antigua Elea cuenta con solo dos personalidades destacadas, ¡pero qué personalidades! Sin embargo, se puede decir que, a pesar de la alta reputación de la cual gozan desde siempre, no son conocidos lo suficiente y que muchos tienen una idea reducida sobre ellos dos: los han empequeñecido. De hecho, son todavía más grandes y más creativos de lo que comúnmente se piensa.

Así, este pequeño libro nos acompaña en el descubrimiento no de un mundo, sino de dos mundos: el mundo mental de Parménides, con sus memorables descubrimientos en campos muy diversos; y el mundo mental de Zenón, que incluye un avance de primer orden en los modos de comunicar. Son cosas que vale la pena comprender bien y estas páginas fueron escritas para permitir que todos lo hagan, incluso quien "no es del palo" o quien no tiene ninguna familiaridad con los presocráticos, con la filosofía y con muchas otras cosas.

Si se pospone el viaje al sitio arqueológico y la visita se vuelve virtual, esta es igualmente valiosa gracias a la posibilidad de aprender sobre estos dos personajes de una manera distinta a la que habitualmente son representados. Asimismo, para quien logra hacerse una idea sobre ellos, la visita a los restos de la antigua Elea es mucho, mucho más significativa que para aquel que de ellos conoce solamente el nombre. Ahora, gentil amiga, gentil amigo, buena visita, por más virtual o efectiva que sea.

*

Llegados a este punto, me serviría otro minuto de atención. Ya dije que este es un pequeño libro, pero un pequeño libro *sui generis* porque no cuenta la historia habitual, sino todo lo contrario. ¿En qué sentido? Es justo explicarse mejor y precisamente ahora intentaré hacerlo.

Cuando se habla de algo grande en un pequeño libro, por ejemplo, un librito sobre Napoleón o Einstein, normalmente el pequeño libro ofrece algunas cosas nuevas, pero sustancialmente termina contando la historia habitual de forma simplificada. Es difícil que un pequeño libro haga más que eso. “No se puede pretender más”, se dice. ¿Estamos de acuerdo hasta aquí?

También el presente volumen sobre Parménides y Zenón “respeta las reglas” porque ofrece una exposición clara, coloquial, no profesoral. Hice lo posible por hacerme entender bien y no meter a nadie en un lío. Sin embargo, al mismo tiempo, este es a su modo un libro profesional porque la imagen que da de Parménides y Zenón es el resultado de investigaciones de vanguardia y es innovadora a tal punto que llega a sorprender. Por lo tanto, aquí encontrarán un Parménides que se asemeja poquísimo al habitual Parménides de los libros de filosofía y un Zenón que extrañamente no sabe qué hacer con la matemática.

¿Un Parménides y un Zenón de fantasía, quizás? ¡No realmente! El hecho es que la imagen tradicional de estos dos autores –en verdad, no diferente de la de muchos otros presocráticos– se enyesó, si es que no se momificó. Por

esta razón, desde hace tiempo, la atención está puesta solo sobre pocos detalles, los habituales, y sus fisonomías fueron desgastadas espantosamente. Quizás algún profesor estaría dispuesto a negarlo, pero, como se dice, es fácil hablar sobre lo que ya está dicho.

Muchos ignoran que sobre estos y otros autores se derramó –o se está derramando– una especie de potente tsunami. De hecho, hay indagaciones muy recientes, en buena parte de esta última década, que muestran aspectos nuevos e incluso impensados de los dos antiguos maestros. Yo mismo contribuí un poco a levantar el velo sobre eso que habitualmente se calla y, a medida que se aventuren en la lectura del segundo y del tercer capítulos, no tardarán en notar que aparecen numerosas e importantes innovaciones. Por otro lado, al final del libro hay una sección titulada "Para saber más" y allí el que quiera puede dar un paso más, arrimándose a estudios un poco o mucho más exigentes. Repito, se encuentra en marcha una formidable renovación de los estudios sobre el tema y es por esto que el identikit de los dos maestros de Elea ya no es el mismo.

A través de estas páginas, hay una enérgica reconsideración de eso que se ha dicho siempre y una tentativa de responder "en serio" a las siguientes preguntas: ¿Quién fue Parménides? ¿Por qué aún se habla tanto de él? ¿Y qué pensar de Zenón? ¿No debería ser solo una vieja cuestión, una de 2.500 años de antigüedad? Se hizo un serio esfuerzo para ayudar a entender cómo estos antiguos intelectuales construyeron sus razonamientos. No me limité a decir "Zenón dijo que Aquiles no es capaz de alcanzar la tortuga", o bien "Parménides dijo que el ser es incompatible con el no-ser", sino que intenté indagar y comprender bien para ver si el razonamiento de Parménides se sigue o para ver cómo hace Zenón para persuadirnos.

Por todas estas razones, el volumen que ahora se presenta se asemeja solo superficialmente a uno publicado exactamente hace diez años y que tiene casi el mismo título, *I sophoí di Elea: Parmenide e Zenone*. Este último presenta

una diferencia: salió cuando el tsunami mencionado anteriormente no había aún manifestado su fuerza. Si decidí reescribirlo ahora, es porque "todo" cambió desde entonces. Disculpen la comparación, pero es como cuando fue reabierta la Capilla Sixtina después de las restauraciones y nos apareció un Miguel Ángel sorprendentemente diferente, tras lo cual todos anduvimos en busca de fotos con los colores ya no más ahumados por las velas durante siglos. Por lo tanto, lo que se ofrece aquí no es una serie de diapositivas, sino una serie de razonamientos, observaciones, problemas y soluciones.

En consecuencia, también la visita a las excavaciones tiene ahora un sabor diferente porque la asociamos a dos personajes que, desde significativos puntos de vista, no son más aquellos de antes. Espero que le tomen el gusto.

1

Marina de Ascea, hace tiempo Velia, pero antes Elea y todavía antes Yele

¡Hay quien viene aquí en peregrinaje! Es verdad, esto no es Lourdes, Santiago de Compostela, Nuestra Señora de Guadalupe o La Meca. Pero a estas excavaciones de la antigua Elea –es decir, Marina de Ascea, aproximadamente a noventa kilómetros al sur de Salerno y a dos horas en tren desde Nápoles– no llegan solo los visitantes, sino también los "peregrinos". Cierto, "peregrinos" un poco especiales que usualmente llegan de incógnito y por su cuenta, pero con regularidad y de a decenas, y cada vez más numerosos.

Quienes vienen a las excavaciones de Elea-Velia con una actitud de religiosa devoción son, en su mayoría, profesores universitarios provenientes de los lugares más diversos del planeta. ¿Cuál es el atractivo? El hecho de que aquí nacieron y vivieron Parménides y Zenón, es decir, que esta mítica colonia griega –conocida primero con el nombre de Yele, más tarde con el de Elea y luego, en época romana, con el de Velia– haya sido el lugar donde se formaron milagrosamente dos mentes excepcionales.

Además, Elea posee el don extraordinario de mostrarnos los lugares cantados por el poeta-filósofo Parménides en su poema o al menos una serie de detalles llamativamente coherentes con la narración: una calle, una puerta, el pasaje de la luz a la penumbra… ¡Es como si cerca de Florencia existiese todavía la "selva oscura" de Dante y se la pudiese visitar!

Un tercer don, no menos extraordinario, es el siguiente. Casi 650 años después de la muerte de Zenón todavía se contaba esta historia: que Zenón amó particularmente su ciudad natal porque era una pequeña *pólis* que "criaba solo personas de bien" y donde no florecía la arrogancia que se percibía, en cambio, en Atenas. Es necesario mucho esfuerzo antes de encontrar otra ciudad antigua a la cual le haya tocado un reconocimiento tan alto e influyente. Es así que todavía hoy ser ciudadano de Yele, llamada después Elea, después Velia, después Ascea, constituye un orgullo de los más raros.

Además, este flujo de visitantes ilustres se acentuó desde que en 2009 la ciudad comenzó a designar como ciudadanos honorarios de Elea a algunos grandes especialistas en el estudio de Parménides y desde que en 2006, a casi tres kilómetros de las excavaciones, se realizan periódicamente los encuentros denominados *Eleatica*. No obstante, estos son solo detalles porque hay mucho más para descubrir. Lo haremos, primero, dando una mirada al contexto.

1.1. El contexto: la migración de los foceos

Cuando hablamos de Parménides y Zenón, hacemos referencia a una sociedad de lengua griega, la magna Grecia, y al mítico siglo V a.C.: la edad de oro de Atenas, los tiempos de Pericles y Fidias, del Partenón, de los sofistas, de los grandes maestros del teatro trágico y cómico –Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes–; la edad en la cual en aquella ciudad floreció la democracia.

Elea se encuentra en la extrema periferia de este mundo. Es una colonia griega, es decir, una de las más de cien ciudades fundadas por los griegos en las áreas más diversas del Mediterráneo. Si no fue una de las últimas en ser fundada, casi. Usualmente una colonia se fundaba porque un núcleo de la población de la ciudad de origen iba a

buscar suerte, pensando en hacer negocios con las poblaciones locales. Pero el caso de Elea es diferente, esencialmente porque fue toda una *pólis*, o al menos una parte importante de la ciudad de origen, la que decidió buscar suerte en otro lugar y lo decidió por necesidad. Heródoto relata que los fundadores de Elea venían de Focea, localidad situada sobre la costa de la actual Turquía, al norte de la ciudad de Esmirna, próxima a la isla de Quíos (*Historias* I 163-167).

Alrededor del 550 a.C., Focea, como tantas otras ciudades griegas situadas sobre la costa turca del mar Egeo, sufrió la presión del Imperio persa que se expandía a gran velocidad: una presión cada vez más difícil de soportar, dada la desproporción entre la formidable máquina organizativa, bélica y económica del imperio, y los limitados recursos de estos centros autónomos que estaban vivos y eran prósperos, pero definitivamente demasiado pequeños.

De manera diferente a otras *póleis* griegas de la zona como Mileto y Éfeso, y mucho antes que ellas, los foceos llegaron a la conclusión de que no había condiciones para resistir y que era el momento de pensar en una solución drástica: buscarse una nueva patria. Es decir, irse todos, o casi todos, de allí y construir una nueva Focea en cualquier otra parte que no fuera ninguna de las casi diez colonias fundadas antes por otros grupos de foceos.

En la época, los foceos se distinguían, al parecer, por la agilidad y velocidad de sus naves. Es significativo que el rey de Tartessos, habiendo tenido noticia de la intención de los foceos de dejar su territorio y buscar otro lugar donde asentarse, les ofreciera la posibilidad de instalarse en su territorio, según refiere Heródoto. Tartessos se encontraba en la actual Andalucía, con las bocas del Guadalquivir que desembocan en el Atlántico, a más de cien kilómetros al oeste del estrecho de Gibraltar, mucho más lejos que las míticas “columnas de Hércules” y a una distancia simplemente demencial de Focea.

Debemos pensar que llegar a Tartessos desde las costas del este del mar Egeo era como viajar a Australia en el siglo XIX: un viaje larguísimo y necesariamente expuesto a riesgos, que requería de mucho tiempo para reportar las propuestas del rey a los conciudadanos y comunicarle cuáles eran las decisiones por las que los foceos se inclinaban. Sin embargo, es muy posible que haya sucedido algo por el estilo.

Heródoto nos refiere que, rechazada la oferta, los foceos fueron a establecerse a medio camino, sobre la costa oriental de Córcega, en una localidad denominada Alalia. Pero la llegada en masa de los foceos, que eran considerados una auténtica potencia naval y mercantil, alarmó a los etruscos y a los cartagineses, por lo que estos se aliaron, emprendieron la guerra contra los foceos de Alalia y muy pronto lograron prevalecer. Para los recién llegados, fue forzoso volver a partir y, luego de algunos años, terminaron por instalarse directamente en la propia Elea, donde permanecieron por siglos.

1.2. El contexto: demos ahora un vistazo al territorio

Ahora tratemos de comprender algunas características del territorio en el cual se construyó la nueva *pólis* y detenernos un poco en las huellas todavía visibles. Hoy es diferente, pero hace 2.500 años esto es lo que habríamos visto: un morro que sobresale del mar formando un pequeño promontorio. Sobre su cima se reconoce un clásico templo griego: es la acrópolis de la antigua Elea. Pudo determinarse, en efecto, que en aquella época el mar entraba por ambos lados del promontorio: casi un kilómetro del lado sudeste y mucho más del lado oeste. En los tiempos de Parménides, por lo tanto, el morro se extendía incluso sobre el mar.

La ciudad se ubicaba en la colina meridional, donde estaba también el puerto, y naturalmente la acrópolis, que era fácil defender. Las excavaciones, que pertenecen en gran parte al período 1955-1970, permitieron localizar los edificios más diversos. En medio de la costa se encontró un recinto rectangular donde, según algunos, estaba situado un templo, pero según otros, el ágora (la plaza principal, el lugar de reuniones) de la pequeña ciudad. Luego, si se continúa recorriendo la calle en subida podemos encontrar una puerta conocida como la "Puerta Rosa", que está situada exactamente en la cuenca y por la cual se ve el mar hacia ambos lados. Pero sobre todo se da allí un notable efecto de luz-sombra, dado que, si el sol ilumina un lado, el otro permanece en la sombra y viceversa.

En el lugar también han sido descubiertas estatuas, en particular un busto de Parménides, e inscripciones. El territorio circundante conforma el Cilento, una "sub-región" montañosa todavía hoy muy característica, a tal punto que los habitantes de este territorio se sienten y están orgullosos de ser cilentanos.

1.3. Elea vista desde Parménides

Ahora intentemos por un instante ponernos en los zapatos del hijo de un foceo, llegado a Elea hace pocos años y todavía empeñado, como todos, en configurar y equipar la nueva ciudad. Cada uno se ocupaba, como era necesario, de su propia casa, de organizarse para la pesca, de alimentar a los caballos, de construir arados y carros, de mantener los barcos en funcionamiento, ocasionalmente de combatir y, ¿por qué no?, de acuñar aquellas monedas de plata que fueron típicas de Elea.

Parménides nació en esta *pólis* cerca de treinta años después de su fundación[1], cuando los foceos probablemente se veían todavía afectados por las dificultades de los inicios, en particular por los efectos de su expulsión de Alalia. ¿Cómo evitar la marginación quedándose en Elea, si aún hoy muchos cilentanos tienden a pensar que, para evitar los inconvenientes de un excesivo aislamiento, sería necesario, como mínimo, viajar a Salerno y Nápoles, o mejor todavía, a Roma y Milán?

En esa época, el circuito de las personas pudientes podía contar, por ejemplo, con el equivalente al concierto de algún famoso rapsoda o "cantautor"; con un posible contacto con algún otro intelectual residente en otras ciudades griegas de la zona, como Alcmeón de Crotona o algún pitagórico; con el eventual contacto con exponentes de otras ciudades de la Jonia; y con la posibilidad de encargar la reproducción de algún "libro" de valor que se realizaba en ciudades lejanas, como Agrigento o Siracusa. Claramente, ganar experiencia y ampliar los propios horizontes en aquellas condiciones no debía ser cosa fácil.

Pero sabemos que en Velia se estableció, en esa época, un auténtico poeta que fue, al mismo tiempo, un intelectual de vasta cultura: Jenófanes de Colofón[2]. No es seguro,

---

1 Sobre la época en la cual Parménides vivió se tienen, en realidad, ideas más bien aproximadas. Indicativamente: 520-450 a.C. De él se sabe que escribió un solo poema en hexámetros épicos, que llegó parcialmente hasta nosotros (leemos todavía cerca de 160 hexámetros). Fue un intelectual célebre, muy discutido, pero también tratado con gran respeto. Es comúnmente considerado el padre de la metafísica y de la ontología.

2 Colofón era una *pólis* griega situada en la actual Turquía, sobre la costa este del mar Egeo, al sur de Esmirna y al norte de Éfeso. Jenófanes, nacido alrededor del 575 a.C., se hizo una gran reputación como poeta festivo, en el sentido de que entretenía al público con sus versos sobre todo en ocasiones de fiestas, recibimientos y grandes banquetes. No por nada algunas de sus composiciones festivas son fascinantes aún hoy para nosotros. Como poeta, tuvo manera de recorrer un poco toda Grecia, llegando a establecerse, en edad tardía, precisamente en Elea, donde probablemente murió con más de cien años. Así, como poeta y narrador, Jenófanes fue también un *sophós*, un intelectual culto, autor, entre otras cosas, del primer *Perì phýseos* (*Sobre la*

pero es muy probable que Parménides se haya formado y ampliado sus horizontes sobre todo frecuentándolo a él. No por nada también el alumno ha sido un buen poeta, además de un intelectual profundo y creativo como pocos. Y no por nada el alumno del alumno, Zenón, pudo manifestar un especial apego por aquella pequeña ciudad que, gracias a ellos, se volvió súbitamente famosa en el mundo griego.

En efecto, estos dos ciudadanos de la antigua *pólis* de Elea resultaron ser personalidades creativas y del todo fuera de lo común. Uno en virtud de las tantas cosas que logró comprender bien. Podemos dar dos ejemplos: primero, que la tierra debería ser esférica y segundo, que la luna debería estar iluminada constantemente por el sol en un cincuenta por ciento, independientemente de cómo se nos aparece a nosotros que la observamos estando sobre la tierra; por no hablar de la maestría con que supo elaborar la noción de *ser*. El otro, gracias a sus memorables invenciones verbales: las paradojas.

No se necesita mucho para comprender que estos dos maestros de Elea se encontraron haciendo todo por sí solos. De hecho, es impresionante el avance representado en la obra de ambos, en dos campos diversos y con modalidades muy diversas entre sí. Sin embargo, ni Elea ni las otras ciudades griegas de la zona fueron capaces de dar vida a un circuito cultural de relieve, como había sucedido, en cambio, en Mileto y como sucedería poco después en Siracusa y, sobre todo, en Atenas. La falta de un contexto de este tipo nos obliga a suponer que los dos, a pesar de ser, sin ninguna duda, personas de elevada cultura, no tuvieron interlocutores en la zona, por lo que apreciamos aún más su creatividad poco común.

naturaleza) en versos, obra de gran divulgación sobre los "secretos" de la naturaleza. No es, por lo tanto, casual que Parménides, probablemente formado en su escuela, haya escrito también un *Perì phýseos* en versos.

1.4. Parménides y Zenón: ¿quiénes eran?

Después de este veloz paseo por Elea, empecemos a acercarnos a estos dos antiguos maestros. Comenzaré recordando que estamos hablando de personalidades que vivieron en épocas muy lejanas y que seguramente no tenían interlocutores. No obstante, es posible que Parménides se haya formado con Jenófanes para luego avanzar en direcciones apreciablemente diversas. También Zenón, si se formó con Parménides, logró abrirse, sin duda, un camino completamente suyo.

Muchos insisten en repetir el bello relato hecho por Platón al inicio de su diálogo *Parménides* y asegurar que Zenón, alumno afectuoso y brillante, se movilizó para contratacar a quienes osaban no solo criticar, sino también burlarse de su maestro por sus "extrañas" ideas sobre el ser y el no-ser. Sin embargo, es dudoso que alguien haya intentado burlarse del gran Parménides. Además, el conjunto de las paradojas zenonianas, al menos lo que sabemos sobre ellas, prescinden ampliamente de Parménides y sus teorías, van por su propio camino, persiguiendo así con éxito un sueño y una intuición propias y no hacen referencia a ningún detractor. Esta es, entonces, una mera fantasía platónica, una fantasía (*mŷthos*) que no informa sobre los hechos y no ayuda a comprender.

¿Qué es lo que sabemos, entonces, sobre ellos? Antes que nada, dos cosas curiosas e impensadas. La primera es una posibilidad tentadora: la posibilitad de que Parménides, en los primeros versos de su poema, haya hecho una referencia precisa a los lugares de Elea. De hecho, las excavaciones hicieron emerger, como dije, un camino en ascenso que termina en una gran puerta y recrea el efecto día-noche[3]. La segunda es un dato inverificable, pero tan especial que difícilmente esté exento de fundamento. Diógenes Laercio

[3] Ver *infra* capítulo 3, sección 3.1.

lo informa en sus *Vidas de los filósofos ilustres*, donde escribe que "Zenón amó su ciudad, una ciudad modesta, capaz solamente de criar personas de bien (*ándras agathoús*)" y que por esto se habría rehusado a vivir a Atenas (IX 28). Esta es una apreciación tan bella como rara.

Pero con esto aún sabemos muy poco sobre ellos. Para comenzar, tenemos ideas muy vagas sobre la época en que vivieron. Se presume que Parménides nació alrededor del 520 a.C. y estuvo intelectualmente activo durante y después de aquellas "guerras persas" que en la década del 490-480 a.C. afectaron a la Grecia continental, pero no así a las colonias itálicas. Asimismo, Zenón pudo haber nacido entre el 500 y el 480 a.C. Platón habla de un viaje de los dos a Atenas y, si bien esto es muy dudoso, hay indicios para pensar que al menos Zenón hizo este viaje y conoció a Pericles, a Calias y a Protágoras. Otros indicios hacen pensar que el poema de Parménides, su única obra, fue escrito antes o mucho antes del 460 a.C., mientras que el único libro de Zenón podría datar justo del 460-450 a.C., aunque ratifico que la cosa es sólo probable.

Una alusión ahora sobre lo poco que sabemos en torno a sus vidas privadas y públicas. Los antiguos aseguraban que entre ellos existía una relación de tipo homosexual, pero lo mismo se dice de muchos otros. Esto no demuestra nada y no puede ser tomado en serio.

Es más interesante aludir a su vida pública. Se dice que Parménides fue el legislador de su ciudad y que por mucho tiempo los magistrados de Elea, al momento de tomar el cargo, juraban que respetarían las leyes de Parménides. Del segundo se informa que, cuando en Elea se instauró la tiranía de un tal Nearco, personaje del cual no sabemos nada, Zenón habría participado de un complot en su contra. Descubierto y encarcelado, fue sometido a tortura, pero él se rehusó a dar el nombre de los otros conspiradores. Cuando la tortura se volvió insoportable, se cuenta que se declaró dispuesto a dar los nombres, pero solo al oído del tirano. Así, cuando el tirano puso el oído, Zenón le dio a

Nearco un mordisco y no habría soltado la oreja hasta que no fue asesinado. La noticia carece de fundamento, pero no es inverosímil.

Si las dos personalidades todavía nos dicen algo, eso no depende de los retratos o de las noticias arriba referidos, por más interesantes que sean. Dependerá, en cambio, de eso que escribieron, de eso que uno enseñó –en varios campos, como veremos– y del tipo de comunicación –modernísima y prácticamente inimitable– que el otro supo idear.

Ahora, será momento de ocuparnos del mérito del libro de Zenón y de las enseñanzas de los dos. Lo haremos introduciendo una anomalía: invirtiendo el orden acostumbrado, hablaremos primero de Zenón y luego de Parménides.

1.5. ¿Por qué comenzar por Zenón? ¿No sería algo extraño?

Sí, quizás es una extrañeza y quizás se podría respetar la costumbre de hablar antes que nada de Parménides, como se hizo siempre; pero las paradojas de Zenón tienen una cierta frescura y continúan siendo tan innovadoras como para merecer la anticipación. De hecho, sería necesario saborear sus paradojas una a una y hacerlas resonar en nuestra mente para degustarlas, ya que no son una sucesión de enseñanzas. Cada una es una provocación y cada una tiene algo creativo. Por lo tanto, es necesario esforzarse para "probarlas" con la mente despejada y aventurarse en sus meandros sin pensar en otra cosa. Todo lo demás, incluso Parménides, puede esperar. Por lo menos, esta es la razón que ha convencido al autor de estas páginas, pero cada lector puede ir directamente el tercer capítulo antes de pasar por el segundo.

2

Zenón

Comencemos por ocuparnos primero del discípulo, Zenón de Elea[1], y de sus paradojas. La más famosa de todas concierne a “Aquiles, el de los pies ligeros” que sería incapaz de alcanzar a la lenta tortuga. Alumno directo de Parménides, Zenón escribió una recopilación de paradojas o, mejor dicho, de situaciones absurdas. Seguramente ningún otro antes que él había hecho algo semejante –y, en realidad, tampoco después–.

Concebir y “poner en pie” una paradoja es una operación muy compleja y extraordinariamente innovadora. La paradoja no es como el enigma que tiene una única respuesta, incluso banal, aunque esta sea difícil de identificar gracias a su meticulosa elaboración. En comparación, la paradoja tiene una vida mucho más larga porque, una vez develado su secreto (suponiendo que sea un secreto, ya que en realidad Aquiles es perfectamente capaz de alcanzar a la tortuga), la cuestión no se vuelve banal, sino que, al contrario, continúa intrigando y dando que pensar.

---

1 Existe otro Zenón que es bastante conocido como fundador del estoicismo. Este Zenón, nativo de Citio (hoy Lárnaca, Chipre), vivió entre el 335 y el 263 a.C. Después de formarse como estudiante de Polemón, quien devino escolarca –director de la Academia de Atenas–, abrió, alrededor del año 300 a.C., una escuela que asumió rápidamente el nombre de “Stoa” (Pórtico).

2.1. Paradojas y enigmas

Me explico con dos ejemplos. El enigma de la Esfinge, propuesto a un grupo de personas que no escuchó jamás hablar de él, puede bien crear un poco de tensión en la búsqueda de una respuesta o solución adecuadas. Sin embargo, al final siempre hay alguien que logra descubrir su pequeño secreto y comprender que, en realidad, la Esfinge está hablando del hombre que de chico gatea –y, por lo tanto, puede parecer cuadrúpedo–, después se pone de pie –bípedo–, etc. En ese punto, la magia del enigma se disuelve y la novedad pierde interés. Después, la única posibilidad residual es probar contar la historia apropiadamente para poder así lograr desafiar a otras personas con el mismo enigma.

Tomemos, en cambio, la más famosa de las paradojas zenonianas, la de Aquiles. En este caso, lo que se esboza es una especie de conversación:

> – ¿Aquiles –el más veloz– sabrá alcanzar a la tortuga –la más lenta–?
> – Ciertamente sí, si es más veloz.
> – ¡Pero yo sostengo que el más veloz no podrá alcanzar al más lento!
> – ¡Vamos, seguramente lo logrará, si es más veloz!
> – Sin embargo, si lo piensas bien, comprenderás tú también que no tendrá éxito.
> – ¡Pero no! De todos modos, incluso suponiendo que tuvieses razón, ¿qué más tendría que comprender?
> – Considera este punto: si el más veloz debe alcanzar al más lento, al comienzo se dirigirá al punto en que se encuentra el más lento. ¿Estamos de acuerdo al menos en esto?
> – Sobre esto sí.
> – Pero, ¿mientras tanto el más lento habrá estado quieto? ¿Se habrá quedado allí a esperar?
> – Obviamente no. Si es lento, quiere decir que se mueve.
> – Por lo tanto, el más veloz, una vez llegado a aquel punto, deberá todavía hacer otro pequeño camino, correspondiente al avance que el más lento habrá efectuado en ese tiempo.
> – ¡Claramente!

Para comenzar, observo que en el caso de la paradoja de Aquiles lo obvio se derrumba poco a poco y lo que no es obvio se insinúa en la mente con mucha eficacia. Luego, observo que la cuestión de las distancias cada vez más pequeñas (primero, el más veloz deberá llegar a donde el más lento se encontraba al inicio, después donde el más lento ha llegado en ese tiempo y así sucesivamente) es solo aparentemente extraña porque quien persigue a la tortuga termina verdaderamente recorriendo el trayecto que esta apenas hizo. Así, yo puedo intuir que la persecución debería resultar exitosa de todos modos. No obstante, la dificultad de comprender bien lo que está mal con la identificación individual de estas distancias cada vez más pequeñas persiste de la misma manera.

La explicación justa se ha delineado muy recientemente cuando, en vez de hacer el dibujo con dos puntos que recorren una línea recta y hacer cálculos, se pasó a considerar que la cuestión de las distancias cada vez más breves, pero infinitas, no se refiere a la ejecución de la persecución, sino únicamente a su descripción o representación. Es como si Zenón hubiese insinuado: "si no puedes ni siquiera identificar individualmente todas estas distancias cada vez más pequeñas, ¿cómo puedes pensar en anular la distancia?". Sin embargo, eliminar completamente una distancia es un hecho (una cuestión de mayor velocidad), no una descripción y no depende –no puede depender– del desarrollo de la descripción.

Para darnos cuenta, necesitamos pensar en esto un momento porque una larga tradición habló siempre y solamente de puntos que se acercan, se acercan y se acercan, pero no consiguen tocarse. Sin embargo, una cosa es ser manifiestamente más veloz y, por lo tanto, estar en condiciones de alcanzar a la tortuga, mientras que otra cosa totalmente diferente es razonar sobre las divisiones y considerar que, si se subdivide el camino del modo indicado, es como si la división diera siempre un nuevo resto al infinito –por ejemplo, como si me propusiese dividir siete entre

tres–. Pero todo esto, por más que pueda ser interesante, ¿tiene algo que ver con efectuar una verdadera persecución? En una verdadera persecución, si el que está detrás es más veloz, quien está adelante será inevitablemente alcanzado.

Entonces ¿cómo habrá hecho Zenón para contar su historia tan bien como para desorientar y, al mismo tiempo, fascinar a medio mundo? Tanto es así que pasó esto: en 2008, en Japón, realizaron una película, *Akiresu to kame* (*Aquiles y la tortuga*), confiada a un director de gran experiencia y notoriedad, Takeshi Kitano, con la presuposición de que también en Uganda, en la Patagonia e incluso en Mongolia, la gente en su mayoría tiene alguna idea sobre tan extraña historia, sabe reconocerla y sigue sintiéndose intrigada por ella.

Comenzamos con esto a entender que el Aquiles de Zenón no es un enigma porque no tiene la clásica respuesta resolutiva, aquella que cierra el discurso. El Aquiles tiene una larga cola porque nadie piensa que no haya algo más sobre lo que preguntarse. Siempre hay algo más para comprender. Aquella es un historia que podríamos caracterizar como “viscosa”, dada la espontaneidad con la que volvemos a preguntarnos: “Sí, pero, ¿por qué?”; “Sí, pero, ¿y entonces?”; “Sí, pero, ¿cómo hace para sortear el obstáculo?”; “Sí, pero, ¿dónde quería llegar Zenón?”. Evidentemente estas preguntas tienen la capacidad de mantener despierta nuestra curiosidad mucho tiempo. La diferencia fundamental con respecto a un enigma clásico como el de la Esfinge es precisamente esta vitalidad, esta curiosidad que no se apaga fácilmente.

Siempre en relación con Aquiles, retomamos por un momento la última pregunta formulada: ¿A dónde quería llegar Zenón? Una posibilidad concreta es esta: que estaba buscando el modo de llamar la atención de sus contemporáneos sobre lo infinitamente pequeño. De hecho, en Grecia se empezó a hablar precisamente en este tiempo de lo que es tan pequeño que no se puede ver o tocar y, tal vez, por mérito suyo. Pero, permanece la curiosidad sobre cómo se llega

a insinuar que una operación tan simple como, por ejemplo, correr y alzar en brazos a un chico que está corriendo pueda convertirse, gracias a Zenón, en una cuestión complicada. Así, comenzamos a comprender que Zenón no solo se dedicó a familiarizarnos con lo que es demasiado pequeño como para poder ser visto o tocado, sino que también se propuso otros objetivos: como mínimo, aprender a desarrollar una forma de comunicación que sorprende como un enigma, pero que también es capaz de mantener despierta la atención mucho tiempo y de muchos modos.

2.2. Pero, ¿qué tipo de intelectual ha sido Zenón?

La pregunta que he formulado merece atención. Si pensamos por un momento en el contexto, comprendemos rápidamente que Zenón tuvo muy poco en común con los intelectuales que pudo conocer, incluso con Parménides. Este pudo haberlo encaminado en la construcción de sus razonamientos sofisticados porque fue, entre otras cosas, un formidable maestro en el arte de construir razonamientos[2]; pero todo lo demás fue, por lo que se puede saber, extraño al mundo mental del distinguido Parménides, es decir, harina del costal de Zenón.

De hecho, Parménides se movió en el horizonte de lo cognitivo (ha elaborado un gran número de enseñanzas diversas, todas o casi todas dignas de la más grande atención), mientras que da la impresión de que Zenón se interesó no en enseñar, sino solo en conversar, entretener, generar curiosidad, sorprender, interactuar con su auditorio e infundir más de una duda. En realidad, sus paradojas son instructivas, aunque él evita con cuidado ponerse en el lugar de maestro y no enseña *nada.* No obstante, nos invita a pensar, nos hace reflexionar, como mínimo, nos deja

---

2 Ver *infra* capítulo 3, sección 3.10.

pensativos. Tiene, por lo tanto, otra postura, una postura sumamente innovadora, ya que de ella no hay rastros significativos antes que él.

Alguien podría señalar que el teatro trágico ateniense tiene esta capacidad de dejarnos pensativos y perplejos, por ejemplo, cuando nos preguntamos si Clitemnestra tenía razón al asesinar a Agamenón (que seguía siendo su marido), si Orestes tenía razón al vengar a su padre (¡pero matando a su madre!) y qué quiere decir que el tribunal del Areópago absolvió a Orestes solo porque la diosa que presidía la jura popular se atribuyó un derecho de voto decisivo. En estas condiciones cada espectador, como mínimo, se pregunta: si yo tuviera que haber votado, ¿cómo habría votado? Sin embargo, (A) la típica paradoja zenoniana es concebida a partir de una fórmula comunicacional completamente diferente (no un complicado espectáculo teatral, sino solo pocas palabras bien dirigidas); (B) Atenas quedaba más o menos a un mes de navegación desde Elea y, si Zenón vio alguno de estos espectáculos, seguramente tuvo esta oportunidad cuando su libro y sus paradojas ya eran una realidad. En cambio, no sabemos (C) si Zenón tuvo noticia en ese tiempo, mientras estaba todavía en Elea, de cómo eran concebidas las tragedias representadas en Atenas. Y no sabemos tampoco (D) si pudo intuir que entre aquellos espectáculos y sus paradojas había algún punto en común (después de todo, ¡el punto en común no es del todo evidente!). Estas razones nos invitan a suponer que Zenón se encontró probablemente haciendo todo por sí solo, lo que incrementa nuestra admiración.

2.3. Explíquese mejor

Primera pregunta: ¿podemos decir que las paradojas de Zenón tienen su base en situaciones un poco extrañas? El conflicto es el alma de las historias. Pensemos un conflicto

típico: "¿Qué otra cosa habría podido hacer la protagonista en determinada situación? Ciertas cosas no las sabía realmente, no le vino a la cabeza una idea que hubiera podido ayudarla, entonces se vio obligada a elegir entre A o B y por desgracia eligió B". ¿Cuántas veces sucede que leemos o vemos a un personaje que se encuentra en una situación de este tipo, esto es, en una situación difícil de la que nosotros, lectores o espectadores, sabemos algo más que lo que sabe la protagonista e incluso estamos en condiciones de imaginar una posible solución C? Si la historia tiene su lógica, si nuestra atención como lectores o espectadores está bien guiada, fácilmente nos sucede que empatizamos con el personaje, comprendemos la dificultad en la que se ha encontrado e incluso también nos emocionamos, ¿verdad?

Ahora bien, también los enigmas toman forma a partir de una situación problemática. Basta pensar en la condición del transeúnte que, de pronto, se encuentra ante un monstruo (la Esfinge) y, frente a la amenaza de ser comido o asesinado, se le plantea una pregunta difícil: "Te podría perdonar la vida solo si sabes responder a mi pregunta, etc.". Esta es una *situación problemática* en todo sentido y el enigma es el resultado de cómo se produce la comunicación en una situación dada.

Análogamente, el enigma de los piojos nace de una situación problemática. Heráclito cuenta que el gran Homero pasa por al lado de unos chicos que se estaban sacando piojos. Estos chicos le preguntaron: "Maestro, aquello que hemos agarrado no lo tenemos y aquello que no hemos agarrado lo tenemos, ¿de qué se trata?". En ese momento, el gran Homero se habría quedado perplejo y se habría mostrado totalmente incapaz de responder.

Aún más, la historia de "Nadie" se encuentra en una situación problemática. Odiseo debe, antes que nada, hacer saber a Polifemo que él se llama "Nadie" (*Oútis)*. Después debe desarrollarse el evento del enceguecimiento de Polifemo para que al final este llame a sus "hermanos" cíclopes

pidiendo ayuda. Pero, desafortunadamente, frente a la pregunta "¿Quién te ha enceguecido?" responde "Nadie" y sus amigos se ríen.

Volvamos ahora a Zenón. Él pregunta: "¿Aquiles, el de los pies ligeros, logrará alcanzar a la lenta tortuga?", "¿La flecha en vuelo se mueve o está quieta?", etc. También estas son situaciones problemáticas, pero, ¿son situaciones sustancialmente análogas? No lo creo. Al menos, a primera vista, en su mundo no ocurre nada extraño: ¿qué cosa hay más natural que percibir a un transeúnte que camina a buen paso, tanto como para alcanzar y sobrepasar sin dificultad a más de una persona, o percibir una flecha recién lanzada? *El punto de partida de Zenón es la plena normalidad*, una normalidad que no es perturbada por ningún imprevisto. Incluso si Aquiles, "el más veloz", se limita a ir hacia allí donde ha visto que se encuentra la tortuga, ¿podría dirigirse hacia otro lado si su objetivo era alcanzar precisamente a aquella tortuga?

Lo que genera intriga es esto: ¿cómo demonios hacía Zenón para lograr que aquello que debería haber pasado no pasase? En otras palabras, ¿cómo hacía para partir de una situación normalísima y hacer que se convierta en una situación enrevesada? Para orientarnos, deberemos tomar en consideración otras situaciones paradójicas y examinarlas con cierta atención.

2.4. La flecha

Podemos partir de la flecha, pero hay un inconveniente: es necesario tomar en consideración algunas frases un poco abstrusas en las cuales, subrayo, nadie está obligado a detenerse.

Con respecto a esta paradoja, disponemos de dos datos. El primero nos dice que "si cada cosa está siempre inmóvil allí donde se encuentra cuando está en el igual, y si, cuando

se mueve, está siempre en el momento presente, entonces la flecha arrojada está inmóvil". El segundo dato nos dice que "lo que se mueve no se mueve ni en el lugar en el que está ni en el lugar en el que no está". La segunda frase nos ayuda a comprender la primera: "cuando está en el igual" = "cuando está en una porción de espacio igual a sí misma"; "está siempre en el momento presente" = "está siempre en un ahora, en un instante". Pero debemos invertir la primera frase. En efecto, el discurso solo se acomoda si, en vez de decir "si cada cosa permanece quieta cuando se encuentra en una porción de espacio igual a sí misma", decimos que "cuando una cosa se encuentra ocupando una porción de espacio igual a sí misma, aquella cosa esta quieta". Con buena voluntad, llegamos a entenderlo.

En esencia, Zenón está diciendo que cada cosa está en alguna parte y ocupa una porción de espacio. Es decir, una manzana ocupa una porción de espacio diferente de aquella ocupada por una banana y la banana, una porción de espacio diferente de aquella ocupada por la bandeja de frutas en la cual ha sido apoyada. ¿Qué pensar de la flecha mientras está en vuelo? ¿La flecha no estará ocupando también una porción de espacio igual a sí misma en cada instante? Entonces, en cada instante la flecha se encuentra en alguna parte, hecho que nosotros, como modernos, podríamos fácilmente constatar si la filmáramos y observáramos en cámara lenta o cuadro por cuadro. Por lo tanto, en cada instante está donde está. De hecho, en cada instante no está más donde estaba primero y no está aún donde estará un momento después. También antes estaba en un lugar y también después estará en un lugar. Entonces, en cada instante de su vuelo la flecha está en alguna parte, siempre ocupando una porción de espacio igual a sí misma. De todo esto surge una pregunta: ¿cuándo se mueve la flecha? Mientras vuela, ¿no estará siempre quieta, ya sea aquí o allá? ¿Quizás vuela estando quieta? ¿Está volando, pero al mismo tiempo esta quieta? ¡Hay algo que no cierra!

Como se ve, esta es una bellísima paradoja porque Zenón nos invita a pensar, y de forma muy eficaz, que la idea de una flecha en vuelo no funciona bien. Nos desafía a encontrar una solución y al hacerlo nos quedamos perplejos. En efecto, una solución plausible para desatar este nudo no nos viene a la mente con facilidad. Por ejemplo, no basta con decir que si la flecha en vuelo se quedara quieta, caería a tierra y que esto prueba que realmente estaba en vuelo (entonces no está quieta, sino en movimiento), porque aún con esta aclaración queda todavía algo por comprender.

Si "la flecha" fuese un mero enigma, este dilema que no se apaga no traería tanta cola. Y el dilema no se apaga porque algunos estudiosos han llegado a decir que hasta que no tengamos ideas mucho más precisas sobre espacio y tiempo jamás solucionaremos esta paradoja. Es decir, aquellos que se preocupan por entender la paradoja de la flecha llevan a cabo estudios detallados sobre la verdadera naturaleza del espacio y el tiempo.

Sin embargo, también en este caso creo poder decir que habría una solución, a pesar de las apariencias, y no es particularmente complicada: la flecha está quieta mientras se mueve. Yo, por ejemplo, estoy sentado en este escritorio mientras escribo algunas palabras en el teclado. Mi cuerpo está ubicado en un lugar preciso, incluso si no dejo de hacer pequeños movimientos; también mis dedos continúan estando en alguna parte mientras pasan de una letra a la otra. Por lo tanto, el problema simplemente no existe. Se puede objetar a Zenón que el hecho de estar en alguna parte, incluso cuando se está en movimiento, no es un problema. Las dos operaciones no son incompatibles. Sin embargo, él está listo para renovar la pregunta: ¿qué quiere decir que estás quieto y te movés? ¿Cómo hacés para no intuir que la expresión está siempre al borde de la contradicción? ¿No te parece que, si cada uno de nosotros continuamente está quieto y sin embargo se mueve, entonces hay algo que se nos escapa, algo que no entendimos del todo?

Evidentemente, la discusión –o, si se prefiere, la batalla– está en condiciones de continuar, pero el autor de estas páginas prefiere hacer como Zenón y dejar que sea en todo caso el cortés lector, la cortés lectora, quienes se pregunten y prueben razonar con quienes quieran.

2.5. El grano de mijo

Veamos ahora una paradoja que raramente es recordada. Nos llegó a través de Simplicio y su *Comentario a la* Física *de Aristóteles*, obra escrita aproximadamente a mil años de distancia de los tiempos de Zenón. Este último tuvo oportunidad de formular algunas preguntas a un ilustre contemporáneo suyo: Protágoras. Tratemos de leer (traduzco simplificando un poco):

> –Dime, Protágoras: ¿un grano de mijo hace ruido al caer? ¿Y la diezmilésima parte de un grano hace ruido?
>
> –Bah, la diezmilésima parte no, no hace ruido.
>
> –En cambio, una fanega[3] de granos de mijo hace ruido si se cae, ¿verdad?
>
> –Sí, por supuesto.
>
> –Pero, ¿no debería existir la misma proporción entre una fanega y un grano, y entre un grano y su diezmilésima parte?
>
> –Sí.
>
> –Entonces ¿no deberían existir las mismas proporciones también entre los sonidos? Si una fanega de granos de mijo hace ruido y también hace ruido un solo grano de mijo, ¿no debería hacer ruido también la diezmilésima parte del grano?

---

[3] "Fanega" traduce el término *médimnos* que era equivalente a unos cincuenta litros, por lo tanto a un saco (o bolsa) de trigo. En Atenas, los más ricos fueron llamados por Solón *pentacosiomédimnos*, es decir, capaces de producir 500 sacos de trigo de un *médimnos* cada uno (aproximadamente, unas veintiséis toneladas). En cambio, la diezmilésima parte (en griego, *tò myriostón*) constituía el tamaño más pequeño concebible. No se excluye que la noción de *myriostón* haya sido puesta en circulación por Zenón.

(Simplicio, *Comentario a la* Física *de Aristóteles*, 1108, DK 29 A 29)[4]

Nosotros diríamos: ¡Seguro que sí! Tal vez se trate de un sonido imperceptible, pero ¿qué importa? Sigue siendo un ruidito. El hecho de no escuchar un ruido tan leve no obliga a pensar que el micro-grano no hace precisamente ningún sonido. Después de todo, ¿no hay sonidos lejanos que no advertimos? Sin mencionar que dividir un grano de mijo en 10.000 partes es una empresa completamente inalcanzable[5]. Supongo, además, que un mortal común no lo podría dividir ¡ni siquiera en ocho o seis partes!

Pero todo esto lo decimos nosotros. Es perfectamente posible que en la época de Zenón la gente no tuviese idea de estas cosas y que haya sido justamente él quien atrajo la atención sobre lo infinitamente pequeño (en este caso, sobre partes tan pequeñas que ni siquiera se podría imaginar un modo de subdividirlas con la precisión necesaria y también sobre ruidos tan imperceptibles que nos resulta difícil creer que realmente estén allí). Es perfectamente posible que Zenón haya utilizado esta paradoja, el Aquiles y otras que veremos a continuación, para intrigar a las personas con respecto a lo extremadamente pequeño y determinar una familiaridad inicial con tales dimensiones de lo real (el siguiente paso lo dio, en cierto sentido, Pasteur con la ayuda del microscopio, ¡pero en pleno siglo XIX, es decir, a una distancia de aproximadamente 2.300 años!).

La paradoja del grano de mijo ha podido, por lo tanto, llegar a ser una paradoja al menos en tiempos de Zenón, cuando la gente no estaba todavía "educada" para representarse aquello que es tan pequeño como para no poder ser percibido. En efecto, es interesante notar que Parménides

---

4 Hemos optado por traducir del italiano con el objetivo de respetar las modificaciones introducidas por el autor. [N. de T].

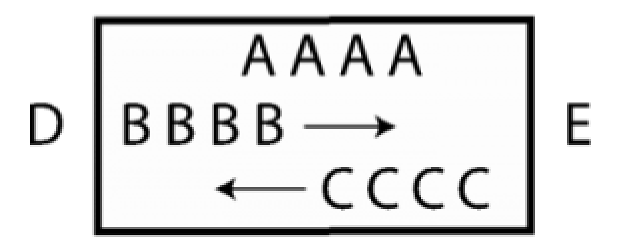
5 En efecto, el grano de mijo pesa, si estoy bien informado, alrededor de seis miligramos. Por lo tanto, proponerse subdividir un objeto tan diminuto en 10.000 partes es realmente un gran desafío.

enseñó algo análogo: que las estrellas son, seguramente, más numerosas que aquellas que el mejor de nosotros puede contar a simple vista. Análogamente, los pedazos de grano de mijo podrían ser tan pequeños como para constituir apenas la diezmilésima parte de un grano y debe considerarse que bien puede ser así: es instructivo tener en cuenta también estas "posibilidades imposibles".

Observo, además, que la paradoja del grano de mijo no "muere" porque tiene el poder de provocar y alimentar una curiosidad de larga trayectoria, justamente por el hecho de que supera los límites de nuestra capacidad de percibir. Por otra parte, la paradoja de la flecha también está en condiciones de alimentar la curiosidad por aquello que ocurre en un momento preciso, aquello que veríamos si pudiésemos fijar un solo instante. Zenón ha sido el primero en dedicarse a la elaboración de este tipo de curiosidades y, por lo tanto, de un conjunto de nociones ligadas a las formas que puede asumir lo "muy pequeño".

2.6. El estadio

Aristóteles menciona que otra afirmación de Zenón es que la mitad del tiempo es igual al doble. Con este fin, él invita a representarse unos cuerpos quietos, mientras que, al mismo tiempo, algunos cuerpos avanzan en una dirección y otros, en la dirección opuesta. Este antiguo esquema gráfico que encontramos ya en Aristóteles ayuda a entender:



Sobre el tema se han hecho conjeturas extrañas, pero probablemente la historia sea muy sencilla. Mientras los cuerpos B pasan delante de un cuerpo A, también pasan delante de dos cuerpos C. Es eso que todos nosotros hemos experimentado en un tren cuando otro pasa en dirección opuesta –en cuyo caso las dos velocidades se suman–, o cuando pasamos al lado de un tren que se mueve en la misma dirección pero, por ejemplo, más lentamente –en ese caso, la velocidad percibida es igual a la diferencia entre las dos velocidades–. Las experiencias que para nosotros son familiares y de fácil interpretación debían constituir experiencias raras en los tiempos de Zenón (no había ocasiones en las cuales esto pudiera suceder), por lo cual bien podría sonar paradójico que los cuerpos B registrasen, al mismo tiempo, dos velocidades (por supuesto, velocidades relativas) claramente distintas a medida que se consideran los cuerpos situados a la derecha y aquellos situados a la izquierda.

Notamos que, en este caso, Zenón no ha dicho que las dos velocidades sean diferentes (una más baja y otra más alta), sino que una es exactamente la mitad y la otra, inversamente, el doble. Esto demuestra que él ha pensado en dos cuerpos que se mueven a la misma velocidad y a velocidad constante. Por lo demás, Zenón no usa el término "cuerpos" (*ónkoi*) por casualidad. Está refiriéndose a entidades abstractas y, como el dibujo da a entender, a una sucesión de objetos que tienen las mismas dimensiones, de modo que

se pueda ver bien que, mientras de un lado "pasan" exactamente dos cuerpos, del otro "pasa" uno solo. En efecto, los trenes de antes, con los vagones separados y todos de igual tamaño, permitían materializar este tipo de situación. Ahora bien, Zenón "obliga" a sus oyentes a imaginarse una situación de la que difícilmente habrían tenido experiencia directa y a razonar a partir de ello.

Esta circunstancia alienta a presumir que Zenón habría visto con satisfacción la representación abstracta de la persecución de la tortuga que estimuló tanto la curiosidad de los matemáticos. Es decir, que habría visto con satisfacción el pasaje de un esquema vagamente antropomórfico a este otro:



Y, por lo tanto, a una situación en la cual dos puntos geométricos, digamos P y Q, avanzan sobre la misma recta, en la misma dirección y a velocidad constante, de modo tal que cuando el punto P llega a la altura de A, el punto Q habrá llegado a la altura de B; cuando el punto P llega a la altura de B, el punto Q habrá llegado a la altura de C, y así sucesivamente. Esta era una buena forma de confundir las ideas, así como lo es la representación abstracta donde aparecen tres series de cuerpos iguales, alineadas y colocadas a la misma distancia unas de otras, dos de las cuales se mueven a la misma velocidad y a lo largo de líneas rectas paralelas. Entonces los oyentes de Zenón debían también imaginar e identificarse con uno de los cuerpos del grupo B en movimiento y luego aprender lo que hubieran podido ver. Siempre se establece un obstáculo mental, una dificultad para pensar, un intento de bloquear la voz del sentido común superponiendo esta o aquella complicación: es el arte de este antiguo maestro de Elea que siempre encuentra el modo de hacernos reflexionar.

Si, por falta de modelos físicos suficientemente intuitivos, la genial invención de Zenón requiere realizar la no leve tarea de imaginarse con la debida precisión tres series de cuerpos iguales de los cuales una está quieta y dos en movimiento, etc., entonces el obstáculo mental fue tan grande como para lograr desorientar seguramente a todo su público, es decir, tan grande como para instituir una paradoja. Mientras tanto Zenón logró despertar en la mente de sus oyentes nada más ni nada menos que la idea de velocidad relativa.

2.7. El corredor

Veamos ahora la paradoja del corredor, llamada también "la dicotomía", que retoma la problemática de lo "demasiado pequeño" desde un nuevo punto de vista y agregándole mucha pimienta. Zenón comienza haciendo notar que el primer paso de quien se pone a correr (o si se prefiere, cada primer paso) necesariamente tiene una primera mitad; la primera mitad, a su vez, tiene una primera mitad (que corresponde a un cuarto de lo avanzado en el total del primer paso), y así sucesivamente. Después de esto afloran cuestiones dramáticas: dado que se puede tomar en consideración no solo un cuarto, sino también un octavo, un dieciseisavo, etc., ¿cuán microscópica deberá ser la primera porción del primer paso si el proceso de subdivisión se lleva muy lejos? ¿La persona que corre será capaz de recorrer el primerísimo fragmento de paso? En estas condiciones, ¿cómo hacer para determinar el segundo micro-paso? ¿Será siquiera posible hacer el segundo micro-paso? Así, la atención cae nuevamente sobre aquello que es demasiado pequeño como para poder ser observado. Las cosas se complican todavía más. Estamos de acuerdo en que cualquier distancia realizada se encuentra hecha de muchas micro-distancias. Mientras más pequeñas sean

estas micro-distancias, más difícil se vuelve observarlas (u obtenerlas, si se trata de subdividir[6] un objeto, por ejemplo, una cuerda). Pero Zenón insiste: estas tienen la capacidad de ser virtualmente infinitas en número (y cada una infinitamente corta), por lo que la longitud de las partes corre el riesgo de convertirse en cero o llegar muy cerca de cero. Sin embargo, siendo infinitas en número, estas micro-distancias no pueden ser atravesadas en tanto que no paran jamás de "generar" siempre nuevas micro-porciones: no 10.000, sino una serie infinita. En efecto, no digo la mitad del primer paso, sino que también un centésimo del primer paso sería un segmento que, al menos en teoría, se podría subdividir ulteriormente en micro-micro-micro-pedacitos de paso. ¿Y entonces? Si además el corredor tuviera que atravesar todos estos micro-micro-micro-pedacitos de paso uno por uno, ¿cuándo terminará? ¿No se arriesgará a emplear una cantidad enorme de tiempo, una cantidad infinita? Y aún peor: ¡¿tiene sentido preguntarse si, en estas condiciones, el corredor logrará siquiera partir?!

Como se puede ver, entra clamorosamente en escena lo infinitamente pequeño y, con esto, cualquier insidia adicional. De nuevo, se parte de una obviedad que no preocupa a nadie (¿antes de hacer un paso, hacemos o no hacemos medio paso?), pero después la situación se escapa de las manos cuando las partes se multiplican vertiginosamente. ¿Qué hacer entonces?

Aquello que Zenón sostuvo parece ser, en efecto, la imposibilidad de ponerse a correr ("por lo tanto, no logra moverse", *ouk endékhetai kineîsthai*, como refiere Aristóteles en *Tópicos* 160b8-9). La paradoja nace de esta presunta imposibilidad, debido a la dificultad de explicar qué es lo que sucede exactamente al inicio –o si se prefiere, debido a la imposibilidad de enumerar una por una todas las micro-distancias que, puestas juntas, forman el primer paso–. En

---

6 Subdividir cortando cada vez en dos. En griego, "cortar en dos partes" se dice *dikhotomeîn*. De este verbo deriva la palabra "dicotomía".

efecto, cuando se comienza a dividir, falta una buena razón para dejar de hacerlo. Volvamos por un momento al Aquiles. En ese caso, el perseguidor no lograba llegar porque quedaba siempre otra micro-distancia por recorrer inmediatamente después. En cambio, en el caso del corredor, hay siempre otra micro-distancia por recorrer antes que todas las demás. Aquiles no logra llegar, mientras que el corredor no logra partir, pero el resultado es el mismo y el razonamiento es del mismo género.

Entonces, tal vez la ganzúa con la cual desactivar esta imposibilidad es análoga. En efecto, también en el caso de la flecha interviene un intercambio no justificado entre efectuar el primer paso y rendir cuentas de aquello que sucede mientras se lo efectúa. Zenón parece hacer el máximo esfuerzo por sugerir que solo se puede realizar una tarea de carácter ejecutivo (ponerse a correr) si está (o cuando esté) disponible una descripción creíble de aquello que sucede mientras quien corre realiza su primerísimo paso. Esta descripción no resuelve nada, ya que es prisionera de la multiplicación de los micro-avances al infinito, por lo que se puede suponer que la carrera no puede ni siquiera comenzar.

Pero hay una pregunta que tiene sentido hacerse: ¿la realización de una carrera depende de cómo nos representamos las fases del primer paso? Si soy capaz de realizar un paso, es perfectamente posible que haga mientras tanto millones de micro-micro-micro-avances, pero si me puse a correr, no tengo en cuenta aquello que puede suceder en aquellas micro-fracciones de tiempo y espacio. No lo tengo en cuenta, me desintereso por una razón muy simple: porque yo, el corredor, he decidido hacer e hice el primer paso (y luego muchos otros), y eso es todo. Análogamente, logramos nadar solo si realizamos una serie de movimientos sin vigilar el millón de micro-movimientos de los que se compone cada brazada, con movimiento anexo de las piernas y muchos otros, como el movimiento de la cabeza y el de la respiración. Por lo tanto, un hecho (por ejemplo, este primer paso) puede ser contado, descripto, explicado,

comentado, analizado, simulado, visto en cámara lenta, etc., pero es un hecho que tuvo lugar o no tuvo lugar, un acto complejo que fue o no fue efectuado y cuya efectuación tuvo o no tuvo éxito.

Así, el pasaje crucial está constituido por aquel señuelo (“te arriesgás a no lograr partir”) gracias al cual Zenón ha obtenido una dramatización del problema en modo aparentemente plausible, pero, si se lo mira bien, injustificado: ¿por qué debería tener en cuenta todos los detalles y entretenerme razonando, en vez de comenzar a correr sin pensar siquiera por un momento en los fragmentos de cada paso? No hay una buena razón, pero en cuanto el obstáculo mental interviene, nos desorienta y tiene el poder de bloquear nuestra mente. Entonces, ¿Zenón ha sido una suerte de prestidigitador, más precisamente, un prestidigitador de la palabra? ¡Diría que sí! No por esto la paradoja del corredor desaparece, ya que todos hemos comenzado a percatarnos de cómo funciona la subdivisión al infinito y a más de uno se le vendrán a la mente los decimales, es decir, la posibilidad de representar el fraccionamiento con los números colocados luego de la coma (3,141592653589…[7]). Pero ese es otro asunto. Es un hecho que nosotros, occidentales, hemos comenzado a tener confianza en las divisiones que pueden llevarse al infinito no a partir de los números decimales, sino de esta paradoja de Zenón de Elea.

2.8. El espacio

Concluimos este capítulo con la paradoja del espacio. Para comenzar, intentaré formularla diciendo que el espacio es una suerte de súper-caja en la cual tiene lugar cada una de las demás cajas. Pero si es la caja más grande de todas

---

7 Es el famoso número *pi* al cual, con la ayuda de la computadora, se le han determinado millones de decimales.

y también es una caja, entonces, así como las cajas más pequeñas entran en aquellas más grandes, del mismo modo el espacio deberá estar dentro de un espacio todavía más abarcativo, un segundo espacio, que estará, a su vez, dentro de un tercer espacio, y así sucesivamente.

Esta es una versión ultra-simplificada y banalizada, ya que en tiempos de Zenón las cajas de cartón eran tan desconocidas como las *mamushkas*. En cambio, la palabra usada para introducir esta paradoja, *tópos* (con el artículo *ho tópos*) es un concepto de uso corriente a partir de Platón y Aristóteles, pero innovador en tiempos de Zenón. Esto significa que esta paradoja, a la par de otras (en particular, la de la flecha), podría haber tomado a todos por sorpresa y que Zenón quizás indujo a su público a preguntarse qué puede significar "estar en el espacio" (o "en un espacio"): si el lugar no es una cosa como las demás (no es una especie de ánfora o de barco), ¿qué es exactamente? ¿Incluso el espacio deberá estar en un espacio de segundo orden, este en uno de tercer orden y este otro en uno de cuarto orden, etc.?

Se podría decir que Zenón, sin ponerse a enseñar "qué es el espacio", se limitó a enfatizar lo extraño de la cuestión y concluyó que no está mal pensar que existe un lugar donde todo otro lugar se encuentra. Si así fuese (cosa que nosotros no podemos saber con certeza), su paradoja del espacio podría haber sido percibida como algo completamente novedoso que da a pensar: ¿por qué razón el espacio no tiene necesidad (puede prescindir) de estar en un segundo espacio o en un tercer espacio? Una respuesta a esta pregunta debe ser buscada (o, en todo caso, construida) poco a poco. Y Zenón no mueve un dedo para ayudar a elaborar la idea de un espacio que no tenga necesidad de estar en algún meta-espacio, y así al infinito.

2.9. Un montón de preguntas

Llegados a este punto, se asoma una serie de preguntas:

- Pero entonces, ¿quién demonios era Zenón?
- ¿A dónde quería llegar?
- ¿Qué nos ha querido enseñar?
- ¿Qué era lo que había que comprender?
- ¿Cómo es posible que hasta ahora no se haya hablado de matemática, de cálculo infinitesimal o de cálculos todavía más sofisticados?

En cierto sentido, la respuesta es obvia: Zenón fue, y continúa siendo, una suerte de entrenador deportivo. Nos entrena, nos hace mentalmente más fuertes y ágiles, y lo hace comenzando por meternos en dificultades, por desorientarnos de muchas maneras (quizás estaba listo para hacerlo de cuarenta maneras distintas, si verdaderamente en su libro se encontraban cuarenta paradojas, como se cuenta). Tal vez nadie fue tan bueno como él para meternos en dificultades y dejarnos perplejos, de manera que, sin sus provocaciones, todos seríamos menos sagaces y menos creativos.

En este sentido, es la humanidad la que le debe algo a Zenón de Elea. Por otro lado, si estudiosos de primer nivel se vieron en serias dificultades debido a sus paradojas, haremos bien en no liquidarlas con una ligereza que fatalmente se parecería a la superficialidad.

Pero hay otra cosa que decir sobre él, algo que es simple, pero desde otro punto de vista desconcertante. Todo hace pensar que su libro fue concebido como una serie de dificultades (Aquiles no logra alcanzar la tortuga, la flecha se frena mientras está en vuelo, el corredor no logra siquiera partir, etc.), es decir, como una serie de problemas, o si se prefiere, obstáculos mentales, que eran presentados sin indicar una solución. El lector quedaba librado a la suerte para intentar comprender muchas, demasiadas cosas:

- ¿Cómo es posible que Aquiles no alcance a la tortuga?
- ¿La misma velocidad es el doble y la mitad?
- ¿En qué consiste exactamente el problema?
- ¿Qué sentido tiene todo esto?
- ¿Qué aprenderíamos nosotros si aceptásemos reflexionar sobre los problemas de Zenón?

Ningún otro libro había sido concebido como una colección de desafíos a la inteligencia. Este fue el primero desde los tiempos de Adán y Eva. Se trata de un mérito que se nos muestra aún más sorprendente cuando consideramos que, en los 2.500 años que siguieron, la oferta de libros en los cuales el autor se limita a plantear problemas ha sido siempre rarísima, mínima, una de aquellas cosas que no suceden casi nunca. Zenón no solo hace de todo para *no* presentarse como un maestro que sabe y explica, *sino que lo logra*. Él no se dedica a extraer "la lección" de cada paradoja, ni siquiera afirma que, si quisiese, sabría explicarnos cómo son realmente las cosas (por ejemplo, si Aquiles es o no es capaz de alcanzar la tortuga y por qué), y esta es una enorme anomalía. En efecto, es muy raro que uno se contente con delinear un problema, una dificultad, un obstáculo mental, una obstrucción para después decir: "¡Intenten ustedes desenredar la madeja![8] Yo me limito a presentarles la dificultad".

Todo esto hace la diferencia. ¿Algún otro se comportó como él, limitándose a plantear interrogantes sin gastar una sola palabra para indicar de qué modo se los debería resolver? Aquí está, este fue Zenón. De esto fue capaz solo él y, por lo que sabemos, ningún otro. *Ningún* otro, ni antes ni después.

---

8 Es oportuno recordar en esta ocasión que la noción de "nudo gordiano" tomó forma con referencia a Alejandro Magno, mucho tiempo después que Zenón.

2.10. Como mínimo, estas no son cosas que se sepan

Los libros no dicen nada de esto y yo querría saber por qué. Hasta ahora, todo aquel que escribió un libro o un capítulo sobre paradojas zenonianas se limitó a detenerse en modo individual sobre las historias sin preguntarse nada más, casi sofocando la curiosidad ulterior. No obstante, la lista de las innovaciones zenonianas continúa. Hasta ahora, en efecto, todavía no dijimos nada sobre otra imponente innovación suya, una innovación de largo alcance. No escribió un tratado típico, si bien ha titulado su obra algo ambiguamente como *Perì phýseos* (*Sobre la naturaleza*), como Parménides y como otros tantos antes que él. No ofreció una serie de enseñanzas y explicaciones –mucho menos la supuesta llave secreta de alguna paradoja–, sino que encontró el modo de poner a su audiencia en condiciones de reflexionar, pensar y, por lo tanto, intentar dar repuestas.

Para explicarme invito a mi gentil lector, mi gentil lectora, a imaginarse qué cosa podría haber sucedido cuando Zenón, o cualquier otro, leía en público su libro. Sabemos que la presentación de cada paradoja tiene la apariencia de haber sido breve, relativamente veloz, para poder ser profundizada luego. Digamos, unas cien palabras. ¿Qué habría sucedido luego de la presentación de cada paradoja? ¿Zenón las leería o las habría hecho leer todas de corrido? Esto me parece simplemente imposible. Después de cada paradoja, era lógico que hubiera una pausa para dar tiempo al auditorio de meditar un poco y para que el autor pudiera amplificar la sensación de desconcierto, por ejemplo, contribuyendo con un poco de mímica facial. ¿Y por qué no pensar que alguien del público podría haber intentado decir algo, por ejemplo, espetar un: "esto no, esto es imposible"? Al respecto, nosotros no sabemos nada de nada, pero se admitirá que la verosimilitud habla esta lengua. La situación sugiere que el público podría haber improvisado cualquier comentario. En tal caso, ¿Zenón los habría callado? ¿No habría replicado, alentando también a los demás a decir algo?

Si hubiese sucedido algo por el estilo –y repito que, al menos en mi opinión, todo esto es muy verosímil–, el libro de Zenón habría implicado una innovación espectacular. El suyo se habría convertido en un libro alrededor del cual se podía armar algún diálogo, tomar la palabra, improvisar, iniciar un intercambio con el autor. Fantástico, diría yo. Basta pensar que los poetas cantaban acompañándose de un instrumento musical y que el público se limitaba a escuchar; que los libros, por lo general, se leían y nada más; o que los espectáculos teatrales tenían lugar delante de una audiencia que estaba callada y quizás después comentaba la obra en privado. Con el libro de Zenón, y solo con este, maduraron las condiciones para poner en marcha un embrión de diálogo público. De seguro, se debió tratar de condiciones estrictamente ligadas a la fisonomía de este libro, algo fuera de lo común para lo cual nadie estaba preparado.

Alguno, alguna, dudará de estas conjeturas, pero observo que las paradojas, por decir algo sobre cómo habría tenido sentido organizar la interacción con el público, han sido concebidas para ser habladas, para ser discutidas. Si bien sobre el libro de Zenón sabemos en verdad poquísimo, sabemos que él presentaba unas decenas de afirmaciones o preguntas desorientadoras a partir de datos de la observación completamente elementales. Vuelvo sobre algunos ejemplos:

- ¿Ven a quién persigue Aquiles? Pues bien, ¡no tendrá éxito!
- ¿Ven la flecha en vuelo? Pues bien, ¡esta solo puede estar quieta!
- ¿Ven al corredor que parte? Pues bien, ¡sepan que no logrará partir!

Mientras trabajaba para postular varios obstáculos mentales, era muy verosímil que Zenón se detuviera un momento en cada caso; también porque el pasaje a otra paradoja requería representarse una situación completa-

mente distinta. Es verosímil también que otorgara un poco de tiempo para reflexionar y tener en cuenta la opinión de quien hubiese intentado decir algo. Es muy difícil que las cosas no hayan sido así. Y también es evidente que otras obras no tuvieron estas características. Ni siquiera ahora, de hecho. En efecto, en pleno siglo XXI, (sin considerar tratados, monografías y novelas) muy, muy raramente se escriben libros con características similares.

Hay además un segundo indicio: el texto que delinea una conversación ordenada y bien definida entre Zenón y Protágoras.[9] Quien la refiere, Simplicio, escribió no cientos, sino miles de páginas sin jamás referir a otros textos dialógicos. Por lo tanto, estamos seguros de que este diálogo lo leyó en otro libro. ¿Qué libro? No tenemos idea, pero una cosa es segura: que la historia del grano de mijo tiene un inequívoco sabor zenoniano. Solo Zenón habría podido inventarla.

Todo esto conlleva una complicación –o, si se prefiere, un imprevisto– ulterior: en este modo suyo de sorprender al público, parece que Zenón se anticipa a Sócrates y concibe la idea de una primera modalidad de diálogo con su público y de invitación al diálogo. Esto no es poco, pero debo todavía agregar que, en general, la comunicación oral en un único sentido, unilateral, se encuentra expuesta al riesgo de no funcionar bien, no solo porque la atención tiende notoriamente a disminuir, sino también porque por norma el discurso que es continuo y sin interrupciones contrasta con el deseo de detenerse a reflexionar, si bien no necesariamente impide la reflexión. Por lo tanto, si Zenón hubiese previsto algunas pausas, e incluso la posibilidad de tomar la palabra durante las pausas entre una paradoja y la otra (cuestión bastante verosímil), la innovación habría sido muy sustancial.

9 Ver *supra* capítulo 2, sección 2.5.

Preguntémonos ahora qué lógica podría estar detrás de tan elaborado aparato de desafíos intelectuales, de complicaciones gratuitas, de pensamientos errantes. ¿Qué se proponía Zenón? Probablemente haya una respuesta. Consideremos por un momento aquello que Zenón *podría* enseñar. No es poco, todo lo contrario. Además de las paradojas, él saca una cantidad de nociones nuevas, o nuevísimas, como la diezmilésima parte (*tò myriostón*), las particiones, el último y el primer micro-avance, el espesor (*pákhos*), el instante (*tò nŷn*), la grandeza cero y la grandeza infinito, la noción misma de "espacio" que en su tiempo no era tan familiar como la de "tiempo", una idea de velocidad relativa, la repetición al infinito de los procesos más diversos. Una vez introducidos estos términos innovadores, ¿procedía a enseñar? ¿Ofrecía explicaciones? Por lo que sabemos, ¡ni siquiera una sola vez! Tampoco explicaba cómo se podía hacer para lograr salir de las paradojas más insidiosas. *Él no explicaba nada, no enseñaba nada,* simplemente confiaba en que los demás lograsen resolverlas por sí mismos, reflexionando. ¿No es una maravilla llegar a comprender que de todo esto fue capaz Zenón un poco menos de quinientos años antes de Cristo?

3

Parménides

Ahora daremos aquel paso hacia atrás que fue anunciado en su momento: pasar del segundo al primer gran maestro de Elea, Parménides, otro intelectual creativo, aunque de un género totalmente diferente, no comparable en nada con Zenón.

3.1. Parménides, Dante y… una auténtica columna sonora

Para entrar en contacto con Parménides, no hay nada mejor que partir de la lectura del poema o, al menos, de los primeros versos. Allí comienza contando un sueño o una visión, a la manera de Dante Alighieri. Dante contó que un día, a la edad de treinta y cinco años, se encontró, quién sabe cómo, en una selva oscura:

> En medio del camino de nuestra vida
> me encontré en una selva oscura,
> en la cual la recta vía estaba perdida.

Parménides no hizo algo muy diferente. Él comienza diciendo que, cuando era todavía un *koûros* (tal vez, aunque no necesariamente, un muchacho de dieciséis o diecisiete años), se encontró sobre un carro en viaje, guiado por un grupo de jóvenes mujeres, casi unas diosas.

> Las yeguas que me conducen hasta donde llega mi ánimo,

me impulsaron, pues, guiándome, me llevaron hacia el
[camino de la diosa, rico en cantos.
(DK 28 B 1. 1-2)[1]

Se comprende al instante que también este antiguo poeta ha decidido sumergirnos en una situación misteriosa, a partir de las yeguas que, por lo que parece, toman la iniciativa, pero al mismo tiempo acompañan el deseo del muchacho. A su vez, el *koûros* (es decir, el mismo Parménides) se encuentra viviendo una experiencia anómala, no sabemos si en sueños o en estado de duermevela. Así como Dante no sabe decir por qué se encuentra en la selva oscura, tampoco Parménides sabe decir por qué se encuentra sobre ese carro. Sin embargo, como lectores, quedamos capturados por la ficción narrativa y aceptamos suspender la incredulidad. Continuemos con la lectura:

1 En la versión original, el autor utiliza la traducción del poema de Parménides del griego al italiano de G. Cerri, *Parmenide. Poema sulla natura*, Milano 1999. Hemos optado por emplear distintas traducciones castellanas del poema que reflejen los aspectos que el autor desea enfatizar. En este caso, seguimos la traducción de N. L. Cordero, *Siendo se es. La tesis de Parménides*, Buenos Aires, 2005 ligeramente modificada [N. de T].

[…] Sí, por allí me llevaban las muy sensatas yeguas
tirando del carro y muchachas dirigían la marcha.
El eje emitía en los bujes un sonido de flauta
ardiente;
pues era empujado de ambos lados por dos
ruedas que giraban vertiginosamente, cuando se
[apresuraban a acompañarme, animando
trabajosamente,
las muchachas Helíades, después de dejar la mansión
[de la noche
en dirección a la luz, habiéndose sacado con las
manos
[los velos de las cabezas.
Allí están las puertas de las sendas de la noche y del
[día
y las rodean un dintel y un umbral de piedra;
ellas, etéreas, están provistas de grandes hojas.
Dike, la que venga pródigamente, tiene sus llaves de
[doble uso.
Dirigiéndose a ella con blandas palabras, las
[muchachas
la persuadieron prudentemente para que rápidamente
[les sacara

Las ruedas hacen ruido.
Las yeguas hacen ruido.
Las muchachas hablan.
Se percibe la fricción de los ejes movidos por las ruedas.

¿Animaban a las yeguas con la voz o con la fusta?

"¿Dónde quieren ir? ¡No se pasa!"
Voces de las muchachas.
Voces de mujer.

Ruido de la barra que es levantada o quitada.

de las puertas el cerrojo asegurado con clavijas. Y
[ellas, volando, produjeron
una vasta abertura de las hojas, después de hacer
[girar alternativamente
en los goznes los broncíneos ejes, ajustados
con pasadores y pernos; por allí precisamente,
en recto camino, las muchachas guiaron el carro y los
[caballos.
Y la diosa me recibió benévola, tomó con su mano
mi mano derecha y me dirigió las siguientes palabras
[…]
(DK 28 B 1. 4-23)[2]

Ruido de las puertas que se abren, haciendo fricción sobre los ejes.

El carro se pone nuevamente en movimiento,
el muchacho desciende y da algún paso.
Las palabras de bienvenida.

2 En este caso, seguimos la traducción de R. Cornavaca, *Presocráticos*, Vol. II, Buenos Aires, 2011 ligeramente modificada [N. de T].

En la columna de la derecha, han sido señalados los ruidos que acompañan la narración porque el pasajero, más que observar con los ojos, parece escuchar y orientarse a través del flujo de los sonidos. En efecto, la persona que narra todavía no sabe bien dónde se encuentra y a dónde está yendo, pero sabe interpretar los ruidos que llegan a su oído. Una auténtica columna sonora virtual parece acompañar la narración.

Como dijo con entusiasmo Antonio Capizzi cuando se pudo visitar el sitio arqueológico de Elea[3], es necesario venir y ver en persona las excavaciones teniendo en el oído estos versos porque entonces la calle que conduce hacia arriba hasta la puerta (conocida como “Puerta Rosa”), se vuelve reconocible y asume un nuevo significado: se asemeja en modo sorprendente al trayecto del joven llevado por el carro, las yeguas y las muchachas. A su vez, la puerta que se abre sobre la cuenca a algunos cientos de metros del templo situado sobre la acrópolis tiende, según la hora del día, a recrear precisamente el efecto luz-oscuridad del que habla el poeta, ya que si el sol está de un lado, difícilmente estará también del otro y viceversa. Lo más importante es que, si uno va más allá de la puerta y, en vez de comenzar el descenso, se dirige hacia la derecha, puede imaginar que encuentra, nada menos, que la casa de la diosa. Se trata del sitio al que el personaje que narra el poema habría llegado y donde habría descendido del carro para hacer unos pocos pasos, subir algunos escalones, encontrar a la diosa, y tener el privilegio de tomar su mano y que le dirija la palabra.

Tenemos, por lo tanto, un intercambio: por un lado, el poema lanza una luz inesperada sobre el territorio de las excavaciones; por el otro, conocer los lugares ayuda a figurarse mejor, mucho mejor, el viaje fantástico narrado por el poeta. En efecto, le da un carácter concreto y una plasticidad incomparables. ¡Capizzi tenía un buen motivo para decir lo que dijo!

---

3 Esto ocurrió alrededor de 1965.

3.2. ¿Y después de esta escena inicial?

Lo que hemos leído es solo el inicio del poema. Conocemos otros de sus fragmentos y son numerosos, ya que poseemos 160 hexámetros.[4] ¿De qué hablan? Intentemos darles una ojeada.

Primer punto: Parménides imagina que la diosa va a instruirlo y aclara inmediatamente que esta quiere decirle *dos* discursos, presentarle *dos* tipos de saber muy diferentes entre sí, lo que es extraño. ¿Por qué dos tipos de saber y no uno? Leemos que la diosa dice a su joven interlocutor (es decir, a Parménides):

> Acá termino para ti el razonamiento confiable y el
> [pensamiento
> acerca de la verdad; a partir de acá, aprende las opiniones
> [de los mortales,
> escuchando el orden engañoso de mis palabras.
> (DK 28 B 8. 50-52)[5]

Fin de la primera parte, inicio de la segunda. Fin de la exposición de un primer tipo de saber, inicio de la exposición de un segundo tipo de saber muy diferente al otro y, aparentemente, no tan confiable.

Sorprende que la diosa hable de un saber de gran valor y de un saber decadente, de escaso valor. Pero si vemos qué cosa enseña, descubrimos que el saber de escaso valor no figura en ninguna parte. Las enseñanzas ofrecidas son todas de primer orden, aunque netamente diversificadas por el hecho de que algunas son abstractas y están fundadas exclusivamente en el razonamiento (el tratamiento sobre el ser) y otras se ocupan de los más diversos fenómenos naturales

---

4 El hexámetro, un verso largo y cadencioso, había sido ya utilizado en los poemas homéricos y en las obras de Hesíodo, lo suficiente como para dar lugar a modos muy característicos de expresarse (y de cantar).

5 Seguimos la traducción de N. L. Cordero, *Siendo se es. La tesis de Parménides*, Buenos Aires, 2005 [N. de T].

–se estudian el cielo, la forma de la tierra y varios organismos vivientes–. Todas estas enseñanzas expresan una gran maestría. En el tratamiento de tan diferentes temas, Parménides presenta discursos muy específicos que, no obstante, tienen características comunes, aunque ninguno se parece a la enseñanza sobre el ser. Sin embargo, nunca aparece el saber decadente que la diosa se apresuró a anunciar.

En consecuencia, muchos expertos buscaron comprender exactamente qué intentaba anunciar Parménides y qué idea de la totalidad de su poema nos invita a hacernos; sin embargo, estos hicieron un esfuerzo inútil porque el conjunto de sus enseñanzas referidas a la naturaleza, por más dañado que esté, existe, está documentado, es inteligible. Como intentaremos ver, se constata fácilmente que se trata de saberes ricos, creativos, incluso altamente profesionales y no del saber decadente que la diosa anunció. Dadas las circunstancias, será necesario reconocer que esta mención del saber decadente, por falta de referencias adecuadas, permanece desconocida para nosotros. Paciencia, diría yo. Avancemos.

3.3. Entonces ahora será el momento de las enseñanzas, ¿verdad?

Sí, es el momento de examinar un poco más de cerca estas enseñanzas. Pero se requiere un paso preliminar. Debo recordar que, en el siglo XXI, afloraron con la debida claridad dos cuestiones que impusieron (o sería mejor decir, que están imponiendo) un rediseño del perfil de Parménides.

Primero que nada, emergió la idea de que sería impropio hacer de él un filósofo, puesto que no tenía idea de la filosofía, no pudo contar con un camino ya marcado y, por lo tanto, no pudo *desear* proponerse como filósofo ni *proponerse* hacer algo filosófico. Cuando se habla de su filosofía sin especificar que, en el mejor de los casos, se trata de una

filosofía virtual y, peor todavía, cuando es definido como "el gran filósofo del ser", se termina dando a entender que él fue lo que no pudo ser: un filósofo. Si lo fue, lo fue sin darse cuenta de aquello que estaba haciendo y este no es un detalle para nada menor. No da lo mismo contar o no con un camino ya marcado porque, en el segundo caso, uno no puede decirse a sí mismo "tomo este camino de aquí", sino que debe más bien abrirse paso, como cuando nos adentramos en un bosque sin senderos.

En segundo lugar, y de modo distinto a como *todos* enseñaron durante mucho tiempo, emergió la idea de que sus enseñanzas no se identificaban únicamente con la concepción y elaboración de la noción de "ser" porque, como ya señalé, está documentado también un vasto y creativo saber en materia de cielo, tierra y organismos vivientes (y también sobre un cuarto tema, como veremos). En estas condiciones, la relación privilegiada de Parménides con la enseñanza sobre el ser desaparece y esta se vuelve una enseñanza como cualquiera de las otras, algunas de las cuales son verdaderamente formidables. De nuevo, cambia *todo*, ya que este antiguo maestro se revela muy diferente de la imagen que de él se sostuvo de forma unánime en el curso del siglo XX y que muchos continúan sosteniendo. Es diferente porque es indudable (aunque en ese momento esto fue raramente reconocido) que Parménides se dedicó a investigar numerosos temas con igual intensidad, con igual competencia, con igual creatividad y alcanzando resultados de primer orden en algunos de ellos.

Es inevitable que, con cambios de esta magnitud, la fisonomía de Parménides asuma nuevas connotaciones. En efecto, puedo anticipar que en las páginas siguientes será delineado un "retrato" de Parménides que, a los ojos de cualquiera que haya tenido ocasión de hacer una lectura de algún libro sobre él, resultará sustancialmente irreco-

nocible. Pero vivimos en el siglo XXI y es hora de poner fin a la costumbre de repetir acríticamente aquello que han afirmado nuestros bisabuelos y tatarabuelos.[6]

Después de esto, es momento de hablar de la primera noción que Parménides presentó con mucho énfasis en la primera parte de su poema y que le aseguró una excepcional visibilidad desde mucho antes que Platón y hasta hoy: el ser.

3.4. El ser

Empezamos por el ser porque fue el mismo Parménides quien colocó esta enseñanza al inicio y también porque aún hoy podemos leer gran parte de la información concerniente a este tema, aquella con base en la cual se pensó, por tanto tiempo, que él fue un filósofo de primer orden. La argumentación sobre el ser se desarrolla en casi setenta y cinco versos sobre un total de los aproximadamente 160 hexámetros que han llegado hasta nosotros.[7]

En esencia, Parménides, pudo descubrir –o mejor, crear, partiendo desde cero– la noción de "ser", aislarla, aprender a usarla con el artículo (*tò eón*, "el ser") y reflexionar sobre qué puede significar esta palabra. Al hacer esto, su mente debió ser llevada inmediatamente al contrario de "el ser" (o "lo-que-es", o "lo-que-está"): el "no-ser" (*tò mè eón*).

6 Tal vez hago bien en pedir disculpas por esta insistencia, o al menos en justificarla. Estoy insistiendo porque sé bien que un gran número de expertos continúa sin tener conocimiento de los dos hechos nuevos referidos más arriba y, por extensión, dudan de que Parménides sea realmente tan diferente a como por tanto tiempo creímos que era.

7 Este "aproximadamente" no es extraño, porque algunos versos no han llegado íntegros y, a veces, medio verso con el cual termina un fragmento se encastra bien con el medio verso con el cual comienza otro. En consecuencia, la "contabilidad" cambia si contamos dos medio versos como dos o como uno.

Busquemos también nosotros comprender algo de esto. ¿Qué significa decir que una cosa no es o no está, por ejemplo, que hoy no hay uvas en casa, o bien que mi hermana no es una maestra sino una farmacéutica, o bien que, ahora no, pero en los días anteriores estuve muy enfermo? Todas las veces aparece el "no" y a muchos de nosotros esto nos parece normalísimo, como si pensáramos que así está bien, que en todo esto no hay nada extraño.

Pero Parménides tuvo una intuición absolutamente única. A propósito de lo-que-no-es (o no está) se preguntó: ¿es o no es? ¿Está o no está? Para nosotros, simples mortales, es normal que una cosa sea redonda y no cuadrada, que X estuvo (por ejemplo, en casa) y ahora no está más (salió); que Y (por ejemplo, una manzana) sea así de un lado, pero desde este otro no se presente del mismo modo. Muy pronto, él se debió convencer de que en esta manera de razonar hay algo que no cierra porque una cosa o está o no está y, por lo tanto, no puede estar a medias –por ejemplo, en el sentido de que estaba, pero no está más, o bien en el sentido de que es de un modo, pero no de otro–. Según él, cuando nos expresamos de esta forma, llegamos a decir que una cosa es y no es. Pero no: o se es o no se es. Y Parménides está segurísimo de esto.[8]

De esta manera, hace hincapié en el significado primario inherente a "es" o "no es" (o bien, "existe" o "no existe"). El significado primario es una afirmación absoluta, combinada con una negación absoluta, afirmación y negación que simplemente *no tienen en cuenta nada*, que prescinden de toda posible especificación como "aquí" y "allí", "ahora" y "antes", "para mí" y "para vos", "de noche" y "de día", "cuando estoy bien" y "cuando estoy mal", "en casa" y "en el trabajo", "en soledad" y "en compañía", etc. Puedo afirmar que una cosa existe o no existe, pero no puede existir a medias, salvo

8 En griego, el verbo *eimí* tiene una gran polisemia, ya que puede significar "ser", "estar", "existir" y "haber". En italiano –y en castellano– estas acepciones corresponden a distintos verbos. [N. de T].

que considere (y me rehúso a hacerlo) las variables, que son innumerables. Y ¿por qué podría rehusarme a tomarlas en consideración? Parménides lo hace en nombre de una palabra que, de por sí, no está asociada a nada (pero no está asociada a nada específico justamente porque él decidió, y eventualmente también nosotros decidimos, que así sea). La noción de "ser" por él introducida no está asociada a nada *si se decide* aislarla de todo posible contexto en los cuales la palabra podría estar inmersa. Parménides aisló el significado primario de esta noción, la absolutizó y comenzó a extraer las consecuencias que de ella se siguen. ¿Nosotros estamos realmente obligados a seguirlo?

Por ejemplo, afirma: una cosa que no es, ¿cómo hace para ser algo, si no es? Si no es, no debería ser parte de las cosas que son o de las que hablamos. Por lo tanto, si no es, debería tratarse de la pura nada. El puro "no es" no admite razones: o bien no existe y entonces no existe jamás en ningún sitio y de ninguna forma; o bien existe y entonces es y listo. Tiene la característica de ser y, al mismo tiempo, no tiene la característica de no-ser (de un modo o del otro). En consecuencia, para el "no ser" se presenta esta alternativa: o bien se resuelve en un "es" (en el simple "es"), o bien debe aceptar salir de escena de una vez por todas porque justamente no existe.

Este es el extraño punto de partida de Parménides. No sé si me estoy explicando. Su punto de apoyo no es tanto el ser, cuanto el no-ser, que según él no existe (no desde un cierto punto de vista, no solo cuando le parece, sino siempre y del todo). Para Parménides, incluso la presencia de un poco de "no es" es completamente inadmisible, como la misma noción lo indica. Por lo tanto, el "no existe" tiene una sola forma: la ausencia total, el cero absoluto.

"Jamás será demostrado que lo-que-no-es es", declara. Y explica: "hay sólo dos vías: una es aquella que dice 'es', y es la vía de la persuasión; la otra es aquella que dice 'no es', y es un sendero completamente imposible de recorrer". En consecuencia, "es" no puede nacer o perecer porque en tal

caso surgiría desde la nada (desde un fantasmal "no es") y, si dejase de existir, se resolvería en una nada. Pero si la nada es justamente nada, entonces "es" no tiene forma de nacer (desde la nada) y, aún menos, de disolverse (en la nada).

Entiendo que el discurso ya se hizo bastante complicado. En efecto, Parménides es obsesivo en su insistencia con razonamientos de este tipo. Su primera conclusión es que el "no es" no puede existir de ninguna forma, no existe para nada, y, por lo tanto, solo puede existir ese "es" que, en consecuencia, parece estar solo en el mundo porque es la única cosa que existe. En efecto, llega a escribir que el ser es una especie de "esfera bien redonda, inmóvil e inviolable". ¿Una especie de inmensa roca? ¿O quizá una especie de divinidad? Parménides no se explica y es significativo que no se explique ni intente siquiera delinear algunas ideas al respecto. Se tiene la impresión de que se detuvo aquí deliberadamente. Por otro lado, es un hecho que este fue el punto de partida, el año cero de la construcción de un "saber" sobre el ser.

*

Su idea sobre el ser y el no-ser impresionó a los filósofos de todas las épocas. Sobre sus argumentos fueron escritos centenares de libros y se empezó a hacerlo verdaderamente muy pronto.

Quien comenzó fue una persona coetánea a Zenón –o apenas más joven–: Meliso de Samos[9], un intelectual que vivió a grandísima distancia de Elea. Este fue el primero en concentrar su atención únicamente sobre el discurso concerniente al ser, abandonando cualquier otra enseñanza

9 En cuanto a Meliso, se saben sustancialmente dos cosas: (1) que en el año 442 o 441 a. C. guio la flota de Samos contra la flota de Atenas, conducida por el gran Pericles, y salió victorioso; (2) que escribió un libro titulado *Perì phýseos è perì toû óntos* (*Sobre la naturaleza o sobre el ser*) en el cual retomaba las doctrinas de Parménides sobre este tema. De su libro, perduran algunos fragmentos significativos y se ve bien que Meliso sabe escribir y argumentar con muchísimo orden: tiene tan pleno control de aquello que sostiene como para hacer pensar que nadie antes que él fue capaz de hacer algo comparable.

parmenídea y tratando de reelaborar aquel discurso a su modo. Luego, otro coetáneo, Gorgias de Leontinos[10], volvió creativamente sobre el argumento de Parménides intentando no tomarlo demasiado en serio, sino más bien para jugar un poco y con gran maestría. En aquel período, también se ocupó del ser un tal Jeníades de Corinto, acerca del cual sabemos poquísimo. Tras esto, Euclides de Mégara y sobre todo Platón –y, quizás, no solamente ellos dos– volvieron a dar gran importancia al Parménides teórico del ser. Fue después el turno de Aristóteles, quien hizo la jugada decisiva. Él enseñó, entre otras cosas, que existe una "ciencia del ser en cuanto ser" y que esta es la "filosofía primera" –luego llamada "metafísica"–. A partir de esto, la noción de "ser" se transformó en una cosa que se sabe, una cosa que se estudia igual que la respiración y que se puede enseñar. El ser se volvió una hipóstasis, una cosa que ya existe, una realidad. Por su parte, Parménides terminó por ser considerado el "padre" del ser y de esa ciencia tan especial.

Se sabe que el neologismo "ontología" se comenzó a utilizar en los primeros años del siglo XVII por aparecer en la portada de un libro de Jacob Lorhard del año 1609 y luego, en uno de Rudolph Göckel del año 1613. Poco a poco, gracias a este neologismo, una rama específica de la filosofía llegó a ser denominada "ontología". Tuvo mucha notoriedad el libro de Christian Wolff titulado *Philosophia prima, sive ontologia* (1730). Pero en la época, para los filósofos, era normal desde hacía tiempo saber y enseñar que la ontología

---

10 El gran y longevo Gorgias, oriundo de Leontinos (es decir, de la actual Lentini, cerca de Catania), es conocido antes que nada gracias al diálogo platónico que lleva su nombre y por haber sido un sofista de los más importantes y representativos. De él tenemos dos espectaculares discursos –una defensa de Helena de Troya y la autodefensa de Palamedes (otro héroe de la epopeya homérica)– y dos detallados resúmenes de una obra que es provocativa ya en el título: *Perì toû mè óntos è perì phýseos* (*Sobre el no-ser o sobre la naturaleza*). En la primera parte de esta obra, literalmente descompone las enseñanzas de Meliso e, indirectamente, la doctrina parmenídea del ser. En cuanto a las fechas, solo hay indicios plausibles sobre la fecha de nacimiento, que no habría ocurrido después del 480 a. C.

constituye la parte general de la metafísica, mientras que las partes especiales de la metafísica son la teología natural, la cosmología y la psicología, que corresponden al saber sobre Dios, el mundo y el hombre. Nos alejamos ya muchísimo de Parménides y terminamos ignorando su obsesión. En efecto, él habría podido quizás objetar: “pero si la nada es nada, ¿cómo hacen para hablar de innumerables cosas, por ejemplo, de Dios que no es el mundo, del mundo con todos los innumerables objetos que lo pueblan y así sucesivamente?” No hay duda: ¡se desviaron del camino!

Llegamos así al siglo XX, cuando Martín Heidegger escribe *Sein und Zeit* (*Ser y tiempo*) en el año 1927 y Jean-Paul Sartre otro gran libro, *L'être et le néant* (*El ser y la nada*) en el año 1943. Ambas obras contribuyeron a hacer nuevamente de Parménides el “gran filósofo del ser”. El primero, con su impensado énfasis en el tema del ser que detrás de escena nos señala su presencia a nosotros, humanos, abrió nuevas pistas para la reflexión sobre el tema, tomando firmemente distancia de la ontología y la tradición académica. El segundo, a pesar de declarar que el título de su libro retomaba *Hamlet* de Shakespeare, llegó a traducir en términos de “ser” y “nada” la problemática y polifacética relación que transcurre entre la consciencia (el sujeto que piensa, quiere, espera, teme y decide) y el contexto en el cual el sujeto se encuentra viviendo y contra el que, eventualmente, choca. Ni uno ni otro se preocuparon por hacer referencias precisas a Parménides y a su doctrina del ser porque dieron por conocido el aparato conceptual de la ontología (si bien, según su opinión, este debía ser repensado completamente).

El éxito de estas dos obras, de sus respectivos autores y de la problemática ontológica terminó por traducirse en una especie de obligación para pensar que desde los fragmentos del poema parmenídeo *debe* emerger una idea muy nítida del ser, aquella idea sobre la cual se constituyó una tradición más que milenaria y sobre la cual regresaron algunos célebres filósofos del siglo XX. Luego, después de la segunda guerra mundial, en el ambiente católico, se delineó

una metafísica de tipo eleática alternativa al esquema neoplatónico. Esta metafísica entendía que, Dios se identifica con el ser y del ser no derivan ni la nada ni el mundo porque Dios no tiene ninguna necesidad de poner en existencia el mundo: esta sería, por supuesto, la esencia de la enseñanza parmenídea. De este modo, se necesita dejar de hablar de la irradiación de la luz divina a la manera de los neoplatónicos, como si en el iluminar zonas de oscuridad cada vez más vastas, la potencia de la luz divina se atenuase, mientras que en los márgenes externos de la luz se terminara formando una especie de entidad negativa: la oscuridad. También después de la segunda guerra mundial, se extendió la idea de que Parménides dio pruebas de poder soportar muy bien la confrontación con Platón y con Aristóteles, y de que ya Platón y, antes que él, Gorgias y, antes que Gorgias, Meliso habían asociado a Parménides con la doctrina del ser y *nada más*.

Mientras tanto, una idea propuesta por Alexius Meinong en 1904, la "teoría de los objetos" (*Gegenstandstheorie*), caracterizada por el hecho de que permitía considerar los objetos existentes y los no existentes, es decir, los mentales (no solo el cuadrado redondo, también las contradicciones y muchos otros), tuvo desarrollos multiformes y dio lugar a la constitución de múltiples tipos de "ontologías" –por ejemplo, la ontología social, que se ocupa de las entidades nacidas de las interacciones sociales: los grupos sociales, los roles de la sociedad, las instituciones, las leyes, el dinero, las clases sociales y mucho más–.

Recuerdo, por último, que en pleno 2018 hubo en Támpere, en el interior de Finlandia, un significativo congreso sobre metafísica y ontología formal en el cual debía participar, y quizás participó, como orador de relieve el director del *National Center of Ontological Reasearch de Buffalo NY*. Esto demuestra la fortuna que la noción de "ontología" sigue teniendo, más allá de las ideas de quien gestó las bases de la ontología habiendo construido por primera vez un discurso articulado capaz de mostrar de qué manera se

puede planear una indagación sobre ser y no-ser. Como se ve, el ser de Parménides está presente de muchas formas ¡también en la cultura del siglo XXI! En particular, la ontología supo delimitar su espacio en el ámbito de la informática y la física, en otros.

Una presencia tan arraigada y ramificada alimentó con fuerza la idea de que Parménides fue el filósofo del ser y que se distinguió, como ningún otro, justamente por esto. Se identificó su enseñanza con la doctrina del ser, convirtiéndolo en una especie de sacerdote de dicha enseñanza y nada más. En estas condiciones, se comprende cómo Parménides se volvió intocable desde dos puntos de vista: (A) muchos especialistas en el estudio de sus fragmentos interpretaron esta situación como una estricta obligación de demostrar que Parménides elaboró verdaderamente las coordenadas de esta gran filosofía; (B) todas sus otras enseñanzas podían ser dejadas de lado como una suerte de accesorios inútiles o, peor, como expresión de una manera errónea de decir cómo son las cosas y, por lo tanto, como una serie de creencias ilusorias (opiniones, *dóxai*).

Indirectamente, tomó forma un campo de investigación específico con un resultado predefinido: estudiar a fondo los fragmentos sobre el ser e interpretarlos *de modo tal que* la grandeza de la intuición filosófica de Parménides emerja de la forma más nítida. Para los especialistas de Parménides, la vía estaba trazada. Esto explica que hayan aparecido las más variadas resistencias a representarse a este personaje de otra manera, como, en cambio, es necesario hacer.

Después de estas aclaraciones es tiempo de abandonar el ser a su destino y de concentrar nuestra atención en el saber sobre el cielo, la tierra y los organismos vivientes, pero no sin agregar antes que Parménides estuvo impresionado por sus ideas sobre el ser, pero no quedó prisionero de ellas. De lo contrario, no habría podido ofrecer en el mismo

poema también otras enseñanzas sobre temas muy variados y de primerísimo orden que no tienen absolutamente nada que ver con el ser y que no tienen menor valor.

3.5. La sección astronómica

Que el poema incluía una enseñanza bien organizada sobre el cielo es más que seguro. En efecto, es la misma diosa quien, dirigiéndose a su joven interlocutor, declara que:

> Conocerás la naturaleza del éter y todos los signos que están
> [en el éter,
> y las obras destructoras de la llama pura
> del brillante Sol, y de dónde proviene todo esto;
> y aprenderás las obras de la rotación de la Luna de ojo
> [circular
> y su naturaleza, y también conocerás el cielo englobante,
> de dónde nació y cómo la necesidad que lo conduce lo aferra
> [para mantener
> los límites de los astros.
> (DK 28 B 10)[11]

La diosa está utilizando muchos versos para presentar *algunos* de los asuntos que tratará al hablar del cielo y de los cuerpos celestes. Hace esto (A) sin introducir ni siquiera una vaga referencia al ser; (B) sin mencionar las otras dos grandes enseñanzas ofrecidas en el curso del poema (la forma de la tierra y los seres vivientes, temas a los que se reserva un tratamiento aparte); y, por último, (C) omitiendo detenerse sobre las enseñanzas de carácter astronómico que conocemos mejor con la ayuda de otros hexámetros parmenídeos, por ejemplo, el tema de la luz lunar sobre la cual ahora nos detendremos.

---

11 Seguimos la traducción de N. L. Cordero, *Siendo se es. La tesis de Parménides*, Buenos Aires, 2005 ligeramente modificada [N. de T].

Comprendemos, entonces, que Parménides había concebido un abordaje específico sobre el cielo, que está anunciado en versos conocidos por nosotros. Se deduce de esto que muy probablemente también otros tratamientos específicos fueron anunciados de modo análogo por la diosa. Comprendemos además que el tratamiento de carácter astronómico tenía que ser amplio y organizado, por lo que es una lástima constatar que sobre ninguno de estos puntos de los versos del fragmento 10 sabemos algo preciso. Lo poco que sabemos de forma precisa se lo debemos a otros fragmentos y a otras fuentes de información que refieren a distintos "aspectos del cielo", por ejemplo, la luna.

3.6. La luna

Entonces, la luna. En uno de los versos que nos llegaron, Parménides tiene ocasión de declarar con respecto a la luna: "Brillante en la noche, errante alrededor de la Tierra, con luz prestada" (DK 28 B 14). Luego, en un hexámetro al que le falta el comienzo, leemos: "vuelta siempre hacia los rayos del sol" (DK 28 B 15).[12] Por lo tanto, declaró que la luna gira alrededor de la tierra y que "está constantemente dirigida" hacia los rayos del sol. De hecho, es como si estuviese dirigida a los rayos del sol siempre, por lo que debe entenderse que, según su opinión, la luna es un cuerpo esférico. Si es esférica y está siempre expuesta a los rayos del sol, entonces estamos autorizados a pensar que el sol ilumina constantemente la mitad de la luna y esto independientemente de aquello que podamos ver nosotros que estamos en la tierra. El cuarto menguante o la luna nueva se refieren a nosotros observadores, mientras que la luna no cambia porque ella "está siempre dirigida" al sol. Se entiende bien que esta no

---

12 Seguimos la traducción de N. L. Cordero, *Siendo se es. La tesis de Parménides*, Buenos Aires, 2005 [N. de T].

sea una pequeña conquista porque el reto era entender qué sucede y cómo funciona la iluminación de la luna, y estos conocimientos no estaban disponibles en su tiempo. Estas son ideas nuevas que Parménides lanza.

¡Y esta es solo una de las "conquistas" del Parménides astrónomo! Recuerdo otras dos: (A) que las estrellas son seguramente muchas más que aquellas que podemos ver a simple vista, (B) que la estrella de la mañana y la estrella de la tarde no son dos estrellas diferentes. Precisamente, los argumentos sobre el tema de los cuales sabemos cosas precisas son estos tres, aunque se podría entender algo sobre cómo él se representaba el cielo en su conjunto, pero esto nos llevaría demasiado lejos. En cambio, con relación a la vía láctea, sabemos solamente que, en otro fragmento, la diosa había anunciado que afrontaría la cuestión.

3.7. Nuestra tierra

Cambiamos de tema: bajamos a la tierra. Otro hallazgo de gran alcance se refiere a la forma de la tierra. Se trata de una enseñanza sorprendente: fue Parménides quien enseñó que la tierra era esférica; que la amplia zona de clima templado donde él, los griegos, los etruscos y muchos otros pueblos vivían, no podía ser la única; que debía existir una segunda zona situada en el otro hemisferio –diremos nosotros–, también ella habitada; y que incluso debían existir regiones opuestas a estas.

Se trata de enseñanzas muy poco conocidas y aún existen quienes dudan de que Parménides haya enseñado estas cosas. Sin embargo, me permito asegurar que son muchos los autores antiguos, entre los cuales hay algunos auténticos expertos, que concuerdan en hacernos saber que este particular grupo de enseñanzas se remonta al propio Parménides y solo a él. Con respecto al resto, Platón se representó la tierra como esférica, pero este no fue un descubrimiento

suyo. También Filolao de Crotona (que fue contemporáneo de Sócrates) parece indicar que la tierra debería ser esférica, pero no afirma haber hecho este descubrimiento. De manera que a esta conclusión había llegado algún otro *antes* que ellos y precisamente Posidonio y Estrabón, entre otros, reconocen en Parménides –¡y en ningún otro!– el mérito de haber enseñado la división de la esfera terrestre en cinco grandes franjas climáticas: una muy fría, una templada, una muy calurosa, otra templada y otra muy fría. A su vez, Zenón muestra saber –pero no enseñar– que existen las antípodas (regiones diametralmente opuestas), y este es otro concepto estrechamente ligado a la esfericidad. Todos estos caminos convergen precisamente en Parménides.

Debió tratarse de una enseñanza sumamente innovadora. Para comenzar recordaré que, alrededor de medio siglo antes, Anaximandro de Mileto fue capaz de elaborar una conjetura audaz sobre la forma de la tierra. Él había supuesto que la tierra podía ser una especie de gran superficie más o menos plana, de forma circular y dotada de considerable espesor, que terminaba en un gran acantilado donde por debajo se formaba otra superficie plana, lo que constituía un conjunto más o menos cilíndrico. Anaximandro había asociado a una idea así de brillante otras intuiciones de excepcional virtud: que la tierra, situada en el centro del universo, está en equilibrio y, por tanto, no corre ningún riesgo de caer; que también en la otra superficie plana los cuerpos tienden a caer sobre la tierra –es decir, en la dirección opuesta a aquella que caracteriza al área mediterránea–; y sobre todo que durante la noche el sol (se puede decir la misma cosa también de la luna y las estrellas) no tiene dificultad en completar su giro circular entorno a la tierra y esto explica cómo todos los días los griegos lo veían surgir en el este.

Fueron, como es evidente, ideas superlativas, ideas que con toda probabilidad constituyeron el punto de partida de Parménides. Pero estas primeras ideas de Anaximandro no llegaron a considerarse creíbles. Sus contemporáneos

–entre ellos los dos únicos "expertos" que estuvieron activos después de Anaximandro y antes que Parménides: Anaxímenes y Jenófanes– se declararon abiertamente en contra de aquellas ideas considerando que el sol no podría de ningún modo pasar por "debajo" de la tierra.

Parménides partió de Anaximandro, en particular de una pregunta sobre las razones (A) del calor tórrido que hace en Egipto y en Libia (África, en general), especialmente si uno se adentra en estos territorios; y (B) del frío casi insoportable que se encuentra si uno va en la dirección opuesta. Como resultado de consideraciones que no conocemos, Parménides se ocupó de dar la siguiente explicación: la tierra solo puede ser esférica y, como una manzana, se calienta más (mucho más) en la zona central, donde los rayos del sol llegan perpendiculares, o casi perpendiculares, todo el año; y menos (mucho menos) en las zonas donde los rayos del sol llegan oblicuos todo el año. Por lo tanto, la tierra solo puede calentarse de forma diferenciada y, en consecuencia, se pueden identificar cinco grandes zonas climáticas. Estas son, como anticipé, las siguientes:

- Una franja central muy calurosa, tan calurosa que está deshabitada o casi deshabitada.
- Dos franjas extremas muy frías (por lo tanto, también casi deshabitadas).
- En el medio, dos franjas templadas, una de las cuales está constituida por la Hélade y las otras tierras que rodean el gran mar Mediterráneo. Esta franja debería ser climáticamente uniforme y girar alrededor a la tierra.

Se desprende de esto otra idea. Existirá, por tanto, una segunda franja de clima templado, simétrica a aquella de la que forma parte Grecia, que también estará habitada. Además, si la tierra es esférica, deben existir las antípodas. Todo

esto, teniendo en cuenta que la tierra es estable porque, como ya había dicho Anaximandro, está en equilibrio en el centro del universo.

Se trata, como es evidente, de enseñanzas extraordinarias y absolutamente valiosas (yo diría que, por sí solas, bastan para hacer de Parménides uno de los más geniales investigadores de todos los tiempos). Es como si, con la sola fuerza del razonamiento, él hubiese llegado a decir que ¡debe existir un territorio del tipo de Argentina y Chile!

Me apresuro a añadir que si Platón comenzó a hablar de antípodas (sin pretender hacerlas pasar por una intuición suya), Aristóteles pudo hablar sobre las diferentes partes de la tierra en *Meteorológicos* 362b5-6, un texto indudablemente complicado[13], pero extraordinariamente innovador, en el que escribe, entre otras cosas, que:

> Más allá de las *tropaí* (*scil.* las líneas del cambio, esto es, del pasaje del clima templado al clima tórrido, o al clima gélido) no se puede vivir, porque la sombra no se proyectaría más sobre la Osa (*scil.* esto es sobre el norte, lo que equivale a especificar que ¡deben existir también zonas en donde la sombra se proyecta hacia el sur!).[14]

El razonamiento muestra que la región inhóspita se encuentra delimitada a partir de la anchura (latitud). Si nos desplazamos alrededor de la tierra, permaneciendo en la misma latitud, se podría dar una vuelta completa gracias a la amabilidad del clima. De hecho, el calor y el frío no se vuelven excesivos a lo largo (longitud), sino a lo ancho (latitud). De modo que si el mar no fuera un obstáculo, la tierra sería completamente transitable (si nos mantenemos en las zonas de clima templado).

---

13 Por esta razón, a continuación, propondré una traducción un poco simplificada. Mi propósito es convertir el texto de Aristóteles en algo inmediatamente inteligible, esperando siempre haber sido traductor y no "traidor".

14 Hemos optado por traducir del italiano con el objetivo de respetar las modificaciones introducidas por el autor. [N. de T].

Y como es necesario que haya un lugar relacionado con el otro polo, del mismo modo en que el lugar que nosotros habitamos se relaciona con nuestro (polo), está claro que se vinculará de modo análogo también con respecto a los vientos. Un poco más adelante, en 365a22-24, Aristóteles precisa:

> Es como si hubiese una parte superior e inferior de la esfera, y la superior fuese nuestra parte habitada y la inferior la otra.

Aristóteles muestra saber muchísimas cosas que en la época deberían resultar profundamente innovadoras, y aún así no se esfuerza en explicar cómo arribó a estas conclusiones. Esto significa que expone ideas que no son suyas. Por otra parte, basta confrontar esto con lo que muestran saber Filolao y Platón para entender que, en comparación con ellos, Aristóteles sabe mucho más. En particular, sabe utilizar de modo más apropiado la teoría parmenídea de las cinco zonas climáticas.[15]

Esto significa que, aunque las enseñanzas de Parménides sobre el tema son muy poco conocidas, tenemos la certeza de que elaboró un grupo de conjeturas sobre la forma de la tierra y, en particular, sobre el hemisferio desconocido y que alguien conocido por Aristóteles, pero no por nosotros, hizo progresar aquel primer grupo de conocimientos ¡Fantástico!

---

15 Que la teoría de las cinco franjas climáticas se remonta a Parménides lo sabemos por otras fuentes de expertos como Teofrasto, Posidonio y Estrabón.

3.8. No simplemente la sexualidad, ¡sino la intersexualidad!

También existen otras líneas de investigación sobre temas que nada tienen que ver con el ser, la forma de la tierra o los cuerpos celestes, como por ejemplo, su enseñanza sobre el patrimonio genético de la mujer y la intersexualidad.

Sabemos que por mucho tiempo, incluso hasta los tiempos de Aristóteles, se pensó y enseñó que la mujer no produce su patrimonio genético, sino que se limita a acoger y nutrir el patrimonio genético de origen masculino (el esperma con el que fue fecundada). También en nuestros tiempos, en efecto, se suele escuchar la expresión (dirigida de la mujer al hombre) "me diste un hijo", solo que por suerte la frase sirve no para adherir a una idea similar, sino para decir "mirá que nosotros no somos dos extraños, □todo lo contrario!". Sin embargo, en frases de este tipo, aflora un modo de razonar ya enterrado en el pasado que sigue siendo reconocible.

En cambio, Parménides estuvo entre los primeros en sostener lo contrario: que el feto se forma gracias al encuentro y la fusión de dos patrimonios genéticos, siempre y cuando este encuentro y esta fusión vayan por buen camino. Hasta aquí cosas significativas, pero no asombrosas. Sin embargo, él continúa examinando qué sucedería si accidentalmente esta fusión no se lograra perfectamente. El hecho de que él no tenga dificultad para considerar esta posibilidad merece ser puesto en evidencia. Leamos:

> Cuando la mujer y el hombre mezclan simultáneamente las [semillas de Venus
> la potencia que, en las venas, debe formar cuerpos con [sangre diferente
> los elabora bien modelados si conserva la proporción.
> Pero si las potencias de semilla mezclada luchan
> y no se unen en el cuerpo que resulta de ellas,
> perturbarán cruelmente, con su doble semilla, el sexo que va [a nacer

(DK 28 B 18).[16]

En este contexto, estaría fuera de lugar extenderse sobre las circunstancias gracias a las cuales seis preciosos versos de Parménides llegaron hasta nosotros, no en su versión original, sino en una traducción latina efectuada alrededor del 400 d. C. Nos concentraremos, en cambio, en lo esencial del tema. Decir "si en cambio, una vez unido el semen, las dos fuerzas contrastan y no forman un todo unitario" equivale a afirmar que a veces la fusión de los dos patrimonios genéticos puede no realizarse de modo óptimo. Una de las posibles consecuencias es que los dos patrimonios genéticos no se fundan plenamente y que uno tome el control sin que el otro se disuelva del todo. Si el embarazo sigue adelante en estas condiciones, el neonato se encuentra con una identidad predominante y una segunda identidad marginal, pero también efectiva. Los caracteres sexuales primarios (aquellos bien visibles) son los de la identidad predominante, pero la identidad sexual secundaria no dejará de intentar establecerse. En consecuencia, a pesar de todo, esta identidad minoritaria intentará afirmarse contra la identidad predominante en muchos modos y repetidamente. Parménides añade, en dicho fragmento, *vexabunt* ("perturbarán").[17] Los sujetos con estas características –los hombres un poco femeninos y las mujeres un poco masculinas– pueden sentirse perturbados. Mensaje implícito: comprensión para quienes se sienten así.

---

16 Seguimos la traducción de N. L. Cordero, *Siendo se es. La tesis de Parménides*, Buenos Aires, 2005, ligeramente modificada [N. de T].

17 Aclaramos que Parménides utiliza el verbo "perturbarán" porque podría tener una consideración negativa sobre la intersexualidad, es decir, la percibiría como un padecimiento. Esto responde a la opinión de Parménides y no a la de los traductores de este libro [N. de T].

Incluso esta conclusión ulterior tiene, como es evidente, algo de asombroso: ¡Parménides tratando de explicar la condición de las personas intersexuales! Se trata de una conquista absolutamente memorable y es extraño que se hable tan poco de ella.

3.9. Pero, ¿qué es esto? ¿Tal vez una flor en el desierto?

La pregunta está más que justificada. Si comparamos una enseñanza tan específica con las otras que acabamos de revisar, se puede tener la impresión de que se trata de una carta aislada y sin contexto, pero esto se debe a que no he delineado todavía ningún contexto. Lo que no hice antes lo haré ahora.

El contexto tiene dos o tres características relevantes. A juzgar por lo poco que sabemos sobre el tema, los maestros de Jonia (desde Tales, a Jenófanes y Heráclito) dedicaron poca atención al mundo de la vida. Solo Anaximandro parece haber elaborado alguna conjetura sobre la aparición de los animales y, luego, del hombre sobre la tierra.

En cambio, otro *sophós* de la Magna Grecia, Alcmeón de Crotona[18] (que, según se presume, nació unos veinte años antes que Parménides), dio un desarrollo incomparable a este saber, no solo porque osó practicar la inspección de cadáveres, sino también, y sobre todo, porque logró comprender que la vista y el oído están conectados al cerebro, por lo cual los ojos y las orejas son órganos que el cerebro utiliza para ver y oír. Además, diferentes fuentes nos informan que, según Alcmeón, a la formación del feto contribuyen tanto la semilla paterna como la semilla materna (misma idea que Parménides), que la cabeza se forma primero,

---

[18] La distancia hasta Crotona desde Ascea es de 300-350 kilómetros. Era posible navegar de un lugar a otro pasando por el estrecho de Mesina.

que el embrión es una suerte de esponja que absorbe las sustancias nutritivas, que el feto come con la boca y que, a su vez, produce excrementos. Esto basta para entender que Alcmeón merece ser considerado el verdadero padre de las ciencias de la vida y que Parménides probablemente fue consciente de tener frente a él un modelo de primera línea.

Por lo tanto, no sorprende que con respecto al "saber biológico" de Parménides se encuentren informaciones muy variadas, algunas de las cuales son sumamente significativas. Aquí hay una lista de las más importantes:

- Cada ser (¿viviente?) tiene un poco de conocimiento y ningún ser viviente podría ser *álogon*, podría estar totalmente privado de racionalidad.
- Las operaciones mentales se ven muy afectadas por el estado del cuerpo; sentirse bien o mal puede incidir sobre nuestras operaciones mentales.
- El calor y el frío inciden sobre cómo percibimos y pensamos: el sueño y la vejez son diferentes formas de enfriamiento del cuerpo.
- Incluso el cadáver percibe algo: la oscuridad, el frío, el silencio (se trata de varias *percepciones negativas*).

Por consiguiente, si Parménides enseñó todo eso, podemos suponer que muy probablemente se ocupó de otros temas también. Se delinea un saber, una enseñanza estructurada, una cultura "biológica" que es independiente de la Alcmeón, pero comparable a ella. Podemos decir, entonces, que Parménides ha contribuido al dar un seguimiento digno a las investigaciones del maestro de Crotona.

Naturalmente, sobre las relaciones personales entre ellos (si se conocieron y si colaboraron de algún modo) no sabemos absolutamente nada, aunque sabemos que fueron Parménides y Alcmeón los primeros en realizar una investigación detallada acerca de cómo funcionan los organismos vivientes (el cuerpo humano en particular) y en conseguir resultados relevantes. Ambos dedicaron una energía

considerable al tema y lograron conclusiones originales. No es casualidad entonces que, posteriormente, los autores de tratados *Perì physeos* (*Sobre la naturaleza*) hayan encontrado lógico dedicar su atención no solo al mundo físico, sino también al mundo de la vida.

Resta añadir que Alcmeón y Parménides se esforzaron más por entender que por curar; por lo tanto, se comportaron más como investigadores que como médicos. Los médicos profesionales como Hipócrates buscaban entender, pero entender las enfermedades, sus posibles causas y sus posibles remedios, mientras que se desinteresaron de lo que no se necesita para entender estas cosas. La diferencia entre Alcmeón y Parménides por un lado, e Hipócrates y los médicos por otro, sigue siendo considerable y neta.

En conclusión, además de la doctrina del ser, Parménides se centró, por lo menos, en tres grupos de enseñanzas –sobre el cielo, la tierra y los organismos vivientes– y dio pruebas de haber alcanzado una competencia profesional específica y de altísimo nivel. Por lo tanto, estos tres grupos de enseñanzas nos hablan de Parménides *tanto como* la doctrina del ser. Su enseñanza simplemente abarca todos estos temas. Y no solo eso, como veremos en un momento.

3.10. Escritura sabia y rigor deductivo

Quedó claro que este gran maestro logró altos niveles de excelencia sobre muchos planos diversos, incluso impensados. Bien, es tiempo de recordar que él fue, entre otras cosas, un verdadero poeta, capaz de delinear con una mano audaz una situación y una atmósfera, de sumergirnos en ella, ponernos en situación de empatía y así figurarnos el viaje y los encuentros, como sucede en los versos iniciales del poema. También fue un poeta capaz de plegar sus versos de modo tal de hacerlos adquirir cualidades opuestas, por ejemplo, la precisión "quirúrgica" de explicaciones comple-

jas y muy específicas –incluso diría "técnicas"–, como se constata en el caso de los seis formidables hexámetros recibidos en la traducción latina (más arriba). En efecto, él llegó a dominar la escritura en hexámetros con gran maestría, ya sea cuando trata de construir sus arduas enseñanzas sobre el ser, ya sea cuando trata de afrontar temas de carácter naturalístico.

También es digna de mención la maestría con la cual se ocupó del "montaje" del poema, con la identificación de secciones, fórmulas de transición e incluso indicaciones sobre el grado de fiabilidad de las diversas partes en las cuales se articula el todo, como se ve, por ejemplo, en los versos 50-52 del fragmento 8 ya citado.[19] En este caso, como también en otros, por el hecho de pasar de una sección a la otra, es capaz de cambiar el registro estilístico, adaptándolo al nuevo tema tratado. De hecho, una cosa es multiplicar el recurso de expresiones que comunican la interdependencia de las frases, como "por eso", "por lo tanto", "en efecto" y otras similares; otra cosa es intentar "conversar" sobre algo, como aquí Parménides parece hacer (¡y querríamos saber si lo hizo!). La gran atención en ordenar y adaptar el lenguaje a la especificidad de lo que el autor está comunicando en cada momento nos hace pensar que Parménides fue un intelectual capaz de representarse el todo, de distinguir bloques específicos dentro del todo y de adoptar en cada caso un tipo de escritura apropiado. *Hay* indicios específicos para afirmarlo. El poliédrico Parménides continúa multiplicando sus "caras".

Dicho esto, ahora nos centraremos de manera particular en el arte de "confeccionar" razonamientos deductivos altamente precisos también desde el punto de vista formal, una habilidad que, con Parménides, dio un gran salto hacia adelante. Nuestro campo de observación tiene el privilegio de estar constituido por un bloque único y orgánico de versos: los primeros treinta y tres hexámetros del fragmento 8.

---

[19] Ver *supra,* capítulo 3, sección 3.2.

Al comienzo de este fragmento, la diosa examina las características del ser. Primero, se enuncian estas características –por ejemplo, que es impensable que el ser nazca y que muera– y luego no solo se procede a demostrar que el ser verdaderamente las tiene, sino que también se hace notar que "por lo tanto, las cosas son justamente como dije", "por lo que es realmente verdadero lo que yo anuncié".

Si vemos este pasaje un poco más de cerca, notamos que la diosa identifica cuatro características sobresalientes del ser –que no nace ni muere, que no se puede dividir en partes, que es inmóvil y que es completo–, se ocupa con gran dedicación de demostrar la primera de ellas y, al final, encuentra la manera de decir: "bien, entonces el nacimiento y la muerte salen de la escena", "está, por lo tanto, demostrado que el ser no puede nacer ni morir" (DK 28 B 8. 21). Luego, cuando se trata de examinar los otros tres puntos, debería repetirse el mismo razonamiento, pero el poeta lo abrevia drásticamente[20]. En compensación, al final de cada una de estas tres demostraciones, la diosa recurre a expresiones análogas a aquella del verso 21.

Esto es curioso. Es como si Parménides anunciara primero una serie de *demostranda* (las tesis que va a demostrar), después llevara a cabo la demostración y finalmente concluyera diciendo cuatro veces eso que en otras épocas los matemáticos solían decir: *quod erat demonstrandum, QED*.[21] En otras palabras, Parménides fue capaz de organizar su razonamiento y de articularlo en estas tres etapas:

- Ahora les demostraré que…
- Demostración
- Como verán, fue demostrado que …

20 Es como si dijera "¿debo repetirme?".
21 "Lo que se quería demostrar" [N. de T].

Aflora, con esto, una impensada analogía con los teoremas de Euclides. Fue, en efecto, Euclides quien también organizó gráficamente sus demostraciones, en (A) enunciación del teorema, es decir, del *demostrandum,* (B) demostración, (C) conclusión, es decir, *QED*. Ahora bien, Parménides no se esforzó en configurar sus demostraciones así:

Teorema n°1
El ser no nace ni muere
Demostración
El ser no nace y no muere porque…
QED
Teorema n°2
El ser no se distingue en partes
Demostración
El ser no se distingue en partes porque…
QED
Teorema n°3
El ser es inmóvil
Demostración
El ser es inmóvil porque…
QED
Teorema n°4
Etc.

Sin embargo, Parménides estuvo muy cerca de hacer algo como esto. Falta, obviamente, el esquema gráfico (¡de un autor tan antiguo no se puede pretender eso!) y también la expresión utilizada por Euclides para decir *QED.* De hecho, Parménides no escribe *hóper édei deîxai,* sino que siempre acuña una formulación de la expresión diferente. De todos modos, el mensaje transmitido cuatro veces –en los versos 11, 21, 25 y 33– es propiamente *QED*. En efecto, a partir de sus hexámetros el esquema surge y es claramente reconocible, es decir, *tomó forma*. Parménides logró, por tanto, delinear otra formidable enseñanza sobre cómo se

organiza una demostración. Lo hizo por sí mismo e ideó algo que llegó a sedimentarse ¡casi dos siglos después, con los *Elementos* de Euclides!

Esto que tomó forma delante de nuestros ojos es otra creación que no deja de sorprender: la estructura argumentativa, el esquema, el modelo (hoy algunos dirían "el *template*") a tener presente a la hora de argumentar. Se trata de una fórmula que, por un lado, aumenta el control de la argumentación propuesta y, por el otro, sostiene y amplifica su capacidad para convencer. Parménides, en resumen, abrió otra brecha, inauguró también este otro camino, sentó las bases de esta nueva "especialización" cuando no estaba disponible nada que fuese ni siquiera remotamente similar al esquema que surge del fragmento 8.

¿Cómo queremos llamar a todo esto? ¿Una lección de lógica, una lección de retórica o ambas cosas? Es algo más. Con esta organización del discurso, él tocó y nos hizo tocar con las manos las potencialidades especiales de los razonamientos cuando estos son rigurosamente consecuentes. Me explico mejor quizás si recuerdo el *Parménide enchaîné* de León Chestov de 1938[22], con su memorable intento de "documentar" el advenimiento de una racionalidad que, mientras parece liberar energías impensadas, sometió a todos y a todo (por lo cual, él decía, no queda más que movilizarnos para quitarnos de encima este yugo). Según Chestov, la racionalidad deductiva irrumpió en nuestro mundo con Parménides, mientras que Séneca comprendió bien esta idea de racionalidad, en su opinión algo amenazadora, cuando escribió que *ille ipse omnium conditor et rector scripsit quidem fata, sed sequitur; semel iussit, semper paret* ("aquel fundador y gobernador de todas las cosas ha escrito las leyes, pero las sigue; una sola vez ha dado órdenes,

22 Pensador ruso de inspiración existencialista (San Petersburgo 1866-París 1938).

mientras que siempre las obedece") (*De providentia* 5.8).[23] En otras palabras, según este autor, si un razonamiento es impecable, entonces tenemos las manos atadas porque ya no tenemos ningún buen motivo – ¡ni siquiera lo tiene dios!– para no atenernos a él. Su conclusión es que debemos incluso luchar contra este imperialismo de la razón para recuperar nuestra libertad.

Naturalmente, no se trata de seguir las sugerencias de Chestov, pero sí de considerar que, en efecto, los treinta y tres hexámetros del fragmento 8 –con sus argumentos articulados en *demostrandum, demonstratio* y *QED*– dejaron vislumbrar el camino de la demostración formal gracias a la cual los cálculos más sofisticados se configuran como meras deducciones con alta tasa de fiabilidad. Parménides delineó este modelo sin tener idea de lo que era un enunciado, una proposición, un *demonstrandum*, la deducción, la imposibilidad, la imposibilidad por definición, la contradicción, el *QED*, ni cualquiera de los términos técnicos comúnmente usados en relación con los más diversos procesos deductivos.

3.11. Pero entonces, ¿quién fue Parménides?

Hermosa pregunta. Parménides no solo fue el filósofo del ser conocido por todos, sino también un *sophós* capaz de impulsar su mirada hacia el segundo hemisferio terrestre y en muchas otras direcciones, incluida la intersexualidad y la demostración formal bien organizada. Nosotros sabemos con certeza que él se distinguió en ámbitos heterogéneos, dedicando sus mayores energías a la optimización de *cada una* de sus enseñanzas. Muchas de ellas se muestran bien fundadas y realmente instructivas. Pensemos por un

23 Seguimos la traducción de A. Tursi, *Séneca, diálogos I*, Buenos Aires, 2007 ligeramente modificada [N. de T].

momento en Aristóteles, quien habla de los cuatro elementos, dos ligeros (y que por su ligereza ascienden: aire y fuego) y dos pesados (que por su naturaleza descienden: tierra y agua), excepto cuando teoriza la existencia de un quinto elemento llamado éter (*aithér*). En épocas posteriores se habló a menudo de la “quintaesencia”, que se encuentra en lo alto del cielo, es incorruptible, nada le sucede y nada puede sucederle, y se mueve solo de manera circular uniforme. Por lo cual, en el éter se mueven ordinariamente los cuerpos celestes, transportados por grandes esferas concéntricas, pero no coaxiales, y transparentes. ¡Todas fantasías sin ningún fundamento! En comparación, Parménides, supo mantener los pies sobre la tierra y tuvo la increíble suerte de acertar muchas veces: es cierto que la tierra es esférica; es cierto que las grandes franjas climáticas son cinco; es cierto que existe no solo una franja templada y más bien densamente poblada (la del mediterráneo), sino también otra “por el otro lado”; es cierto que hay antípodas; es cierto que la luna está constantemente iluminada por el sol; es cierto que las estrellas son mucho más que aquellas que alcanzamos a ver; es cierto que nuestra identidad sexual no siempre es unívoca; es cierto que el cuerpo, con sus perturbaciones, es capaz de condicionar, incluso fuertemente, nuestro modo de razonar. La diferencia con Aristóteles no es poca y es bello volver a tomar conciencia de las muchas conquistas relacionadas con el nombre de este antiguo maestro.

Si las cosas son así –y me atrevo a asumir que son así–, entonces resulta inevitable concluir que Parménides se ocupó ampliamente y a fondo no de una, sino de *muchas familias* de diversos temas y que la suya fue una mente poliédrica, llena de intereses, curiosidad y recursos diferentes, tanto como para dejar que cada una de estas vías siga su camino sin interferir con las otras. En efecto, no se nota en este gran cultor de la *polymathía* (el saber muchas cosas, el hecho de comprender muchas cosas diferentes) ningún deseo de generalizar, ofreciendo consideraciones relativas a la totalidad, y esta es quizás la cosa más inesperada de

todas porque una orgullosa tradición interpretativa atribuyó a Parménides la capacidad de construir un discurso que concierne al todo. Pero, en realidad, esta supuesta actitud de dar cuenta del todo ¡no está documentada![24]

Sin embargo, si hasta ayer el Parménides filósofo del ser oscureció con impresionante eficacia todos los otros aspectos de su personalidad multifacética, se esperará al menos que, en los próximos años, la imagen de Parménides, padre (o al menos "bisabuelo") de la ontología, aprenda a coexistir con el Parménides astrónomo, "geólogo", cofundador de las ciencias de la vida (junto con Alcmeón) y argumentador formidable. Es un hecho que su figura está compuesta de muchas caras.

3.12. ¿Y la filosofía?

La pregunta es legítima. Nos habían dicho que Parménides era el filósofo del ser, pero ahora "se instaló" que fue un gran maestro capaz de elaborar una precisa y rigurosa enseñanza sobre el ser; de revelar secretos de primer orden sobre el cielo, la tierra y los organismos vivientes; y de enseñar el arte de la demostración, es decir, el gran maestro que no duda en perseguir proyectos de investigación muy diferentes unos de otros, entre los cuales solo uno refiere al ser.

A la pregunta "¿Qué hay, por lo tanto, de la filosofía?" pienso que es correcto responder distinguiendo su filosofía virtual de una ulterior reflexión sobre la doctrina del ser y sobre la elaboración de razonamientos sometidos a un control formal. Sobre el primer punto debemos, obviamente, entendernos. Cuando se habla de filosofía virtual se intenta decir que, si bien un embrión de filosofía tomó forma, faltó la conciencia de aquello que es y significa filosofar porque Parménides vivió en un tiempo demasiado antiguo como

---

24 Advierto que este tema se retomará en el próximo apartado.

para poder tener idea de esto. No es casualidad que Platón, Aristóteles, Teofrasto y muchos otros autores hayan hecho referencia a sus enseñanzas sin identificar una filosofía suya propia, ya que pasaron no uno, sino algunos siglos antes de que se comenzara a hablar de una "filosofía de Parménides".

Una filosofía virtual, un embrión de filosofía es, sin embargo, capaz de tomar forma, al menos a grandes rasgos, cuando un intelectual intenta representarse el todo, o al menos elabora nuevos instrumentos para hacerlo. Tales, por ejemplo, no llegó a elaborar un modo de representarse la totalidad, pero en su intento de alcanzar una serie de certezas y evaluar cosas muy diversas, ha elevado vistosamente los objetivos de la razón humana, es decir, ha logrado impulsar el pensamiento y determinar qué cosas son pensables. Por lo tanto, se puede decir que en esto su enseñanza tuvo un valor, una dignidad, un interés también filosófico. Anaximandro también tiene su filosofía virtual, puesto que él intentó de verdad representarse la totalidad de los espacios y tiempos, el macro-marco dentro del cual se desarrolla la vida de todos nosotros. Asimismo, Anaxímenes, por el hecho de intentar explicar absolutamente todo como la manifestación o transformación de una sola entidad, el aire, abrió una nueva vía hacia la explicación unitaria de la realidad. De sus enseñanzas afloran modalidades inéditas de representarse la totalidad, dotadas de potencial filosófico.

También en el caso de Heráclito, su insistente invitación no a aprender cosas nuevas, sino a comprender el sentido, la lógica de aquello que sucede, se configura como un llamado a buscar una sabiduría que no se identifica con nada preciso (claro está, no con esta o aquella doctrina) y justamente por esto requiere una suerte de perspicacia superior. Por este motivo, Heráclito dio un paso adicional un gran paso en dirección a la filosofía.[25]

---

[25] Entiendo que la brevedad de estas notas las convierte en poco claras, pero ¿cómo podría dedicar tres o cuatro páginas a la ilustración de este punto?

Volviendo ahora a Parménides, pregunto: ¿notamos en su enseñanza algo comparable? Diría que no. Nada suficientemente específico aflora, ya que, como dije antes, cada una de sus enseñanzas permanece en sus límites y no “dialoga” con ninguna otra. Se deduce de esto que no manifestó una particular “vocación” filosófica, ofreciendo, por ejemplo, algunas consideraciones sobre la realidad en su conjunto. Sin embargo, queda por considerar el otro aspecto, la enseñanza sobre el ser, que está combinada con el “descubrimiento” de la racionalidad deductiva.[26] En efecto, Parménides sigue siendo el padre de una idea y de un modo de razonar en torno al ser y el no-ser que ha tenido una fortuna inmensa, ya que, gracias a la contribución de la posteridad (los numerosos autores que dieron un seguimiento a sus ideas sobre el tema, desde Meliso de Samos hasta Aristóteles, desde Hegel hasta Heidegger y Sartre), se tradujo en una “familia” entera de enseñanzas más que memorables.

Si, en cambio, limitamos el campo de observación a aquello que emerge, a aquello que sabemos sobre su contribución personal, debemos poner en primer plano el hecho de haber enseñado a construir discursos estructurados sobre un argumento muy abstracto. Esta fue, sin dudas, una enseñanza específica y, si tenemos en cuenta el tiempo en que Parménides pensó esto, se presenta como una enseñanza asombrosa debido al elevadísimo grado de exactitud que caracteriza sus consideraciones sobre el ser. Se trata, por lo tanto, de un legado significativo por sí mismo, expresión de una capacidad de hacer razonamientos disciplinadísimos sobre argumentos muy abstractos (y también discutibles). En efecto, se puede, y probablemente se debe, admitir que gracias a su tratamiento las capacidades de

---

[26] No está mal, tal vez, precisar que en este capítulo los dos argumentos fueron tratados, uno al inicio y uno al final, con el objetivo de subrayar que se trata de dos caminos sustancialmente independientes, cada uno de los cuales tiene su identidad. Pero se trata, sin embargo, siempre de dos enseñanzas que ¡“crecieron juntas”!

elaboración conceptual dieron un significativo paso hacia adelante, es decir, que la humanidad encontró a su disposición un sustancial recurso que antes no existía.

Emerge, así, una importante y significativa similitud entre este edificio argumentativo, esta metodología tan particular, y el hecho de haber enseñado a representarse las relaciones sol-luna independientemente de aquello que se ve estando en la tierra, –es decir, independientemente del hecho de observar una minúscula rodaja de luna que se agranda y, después, con el pasar de las noches, se hace más pequeña, terminando por convertirse de nuevo en una pequeña rodaja sutil, solo que orientada de un modo distinto–; o el hecho de haber enseñado a representarse la existencia y las características de la franja de clima templado. También en el hecho de haber enseñado a representarse que *debe* existir en el hemisferio desconocido –el hemisferio sur–, incluidas las antípodas. Siempre emerge la capacidad de establecer un razonamiento abstracto y proceder sin vacilación a través de muchas etapas confiando en mantener pleno control de la situación.

Diría, por lo tanto, que en este caso Parménides tiene algo en común con Tales porque también él creó las condiciones para comprender cosas que bien podían parecer imposibles de comprender, expandiendo enormemente los horizontes del pensamiento y de lo pensable con el apoyo de razonamientos precisos. Esta sí que es una conquista de gran valor filosófico y un mérito que difícilmente se le pueda cuestionar.

Observo que, para llegar a la conclusión recién sugerida fue necesario reconocer el valor circunscripto de la enseñanza sobre el ser y redescubrir el saber naturalístico del primer maestro de Elea. Observo, además, que Parménides fue y se sintió "profesor" de principio a fin. Él interpretó su tarea como un esfuerzo por comprender para luego explicar. En esto, no habría podido ser más distinto que su discípulo Zenón quien, en cambio, se impuso la limitación de lanzar ideas sin enseñar. Aun así, los dos comparten el

coraje de proponer siempre nuevas aventuras a la mente, permitiéndonos también a nosotros aventurarnos y casi obligarnos a acompañarlos.

*

La antigua Elea es todo esto: una puerta oculta, una colina, una antigua *pólis*, una serie de hallazgos y muchas ideas fulgurantes. Tantas ideas que, de diverso modo, están en movimiento desde hace aproximadamente 2.500 años y no tienen intención de detenerse, ni en el caso de Parménides ni en el caso de Zenón. Podemos decir, entonces, que desde la ciudad de Elea llegaron hasta nosotros dos formidables grupos de ideas totalmente nuevas. Cosa que no sucede muy a menudo, ¿no es cierto?

*

Bien, ¿y después? Tal vez podemos decir que los dos hicieron una abundante siembra. ¿Con qué efectos? ¿Qué se deriva de todo esto?



4

Después

4.1. En el corto y en el largo plazo

La pregunta está justificadísima, de modo que una respuesta es obligatoria, e incluso interesante, ya que está dotada de complicaciones y sorpresas. Es necesario, en efecto, distinguir entre un período de tiempo breve y uno extenso, y es necesario también distinguir entre Parménides y Zenón. Porque a la larga los dos se impusieron tanto que sus nombres gozan todavía de una envidiable notoriedad, aunque sus caminos están visiblemente separados.

En el caso de Zenón, en nuestros días muchos conocen la historia de Aquiles y la tortuga, pero quizás no todos sepan quién tuvo esta gran idea y, en comparación, somos pocos los que sabemos que Zenón era de Elea, que el área arqueológica de Elea fue identificada y que de Elea también era Parménides quien, por otra parte, continúa gozando de una envidiable notoriedad entre los filósofos.

La notoriedad de Zenón sufrió un aumento al final del siglo XIX, gracias al mérito de León Tolstoi, el novelista ruso; Lewis Carroll, el autor de *Alicia en el país de las maravillas*; Bertrand Russell, el matemático, filósofo y pacifista inglés; Jorge Luis Borges, el creativo escritor argentino; y más recientemente, a través de una película de Takeshi Kitano, que, como dijimos, se titula justamente *Aquiles y la tortuga.* Mientras tanto, sobre sus paradojas se detuvieron decenas de filósofos y matemáticos, con una mayor

proporción en la Inglaterra de los años cincuenta, cuando numerosos artículos sobre Zenón fueron publicados por las revistas *Analysis* y *Mind*.

¿Pero qué sucedió en la época de Parménides y Zenón, en su tiempo? No exactamente lo mismo, sino todo lo contrario. Por aquel entonces se determinó, al parecer, una toma de confianza con lo infinitamente pequeño a nivel intuitivo por mérito de las paradojas zenonianas, mientras que en paralelo Anaxágoras y Demócrito elaboraron teorías centradas en aquello que, como los átomos (o las homeomerías), no se logra ver a simple vista con los ojos. Luego, fue el turno de una mención por parte de Gorgias; después de esto, a casi medio siglo de distancia, Zenón hizo una especie de aparición en el diálogo *Parménides*, donde Platón le hace decir que la verdadera razón de ser de sus paradojas es la de combatir con aquellos que intentaron ridiculizar a Parménides, historia muy bien narrada y de gran suceso. Algunas décadas después, Zenón fue objeto de discusiones intensas en la *Física* de Aristóteles. La notoriedad de Platón y Aristóteles hizo el resto. En efecto, desde Aristóteles hasta nuestros días, muchos comentadores discutieron sus paradojas y nadie logró idear, al menos, una del mismo género.

Esto no es extraño porque de verdad era difícil comprender y eventualmente recrear –o al menos imitar– su sofisticadísimo proyecto comunicacional. No por nada el mismo Platón, que no era un pensador superficial, creó una situación en la cual no era el perspicaz Sócrates quien comprendía bien a dónde quería llegar Zenón, sino que era el mismo Zenón quien daba la supuesta clave de lectura. ¡Agregamos que hasta ahora a nadie se le vino a la mente acercar a Sócrates y a Zenón! Se propone semejante acercamiento solo ahora, en pleno tercer milenio.

Pasemos a Parménides. Su poema se hizo notar muy pronto. De esto hay rastros en el poema de Empédocles, que fue escrito no muchos años después. Pero Empédocles fue un animador, un personaje interesado en crear el mito de sí mismo, para lo cual retomó algunas enseñanzas sobre el

ser y, sobre todo, sobre los organismos vivientes, pero sin demasiado empeño y sin nombrar a Parménides. También las enseñanzas de Anaxágoras y de Demócrito presentan algún rastro del poema de Parménides, pero quienes fueron profundamente influenciados por este no fueron ellos, sino Meliso de Samos.

4.2. Meliso, toda una historia para contar

Meliso es semi-desconocido, es una suerte de Carnéades[1] que fue marcado a fuego por Aristóteles cuando este dijo de sobre aquel que era *agroikóteros*, una especie de vulgar campesino. La rudeza con la cual este liquidó también a Zenón pasó inadvertida y, por lo demás, difícilmente habría podido lesionar el perfil intelectual de un personaje tan superlativo. En cambio, el juicio sobre Meliso fue sistemáticamente retomado y dado sustancialmente por válido, incluso en el siglo XX.

El hecho nuevo, y de primer orden, que le compete es el asombroso equívoco –casi un cambio de identidad– que estamos descubriendo ahora, en pleno siglo XXI. Parece de no creer, pero es justamente así. Meliso no fue el parménídeo ortodoxo que no tenía el ingenio de su maestro, sino que fue, más bien, otro. En efecto, mientras que Parménides no se ocupó solo del ser y del no-ser, sino que puso, como hemos visto, energías no menores en construir un saber variado y articulado en muchos ámbitos, Meliso fue el primero en tomar en consideración únicamente el tratamiento del ser y el modo en el que Parménides había desarrollado esta doctrina, desinteresándose completamente de

[1] Yo soy italiano y para un italiano es bastante normal saber que un personaje de los *Promessi Sposi* de Manzoni, Don Abbondio, se encuentra con el nombre de este Carnéades y se pregunta: "Carneade, chi era costui?" (¿quién fue el?). Su pregunta devino proverbial.

todo lo demás, pero estudiando el tema del ser a fondo y repensando aquella enseñanza con una amplia autonomía intelectual.

La elección de “ver” solo una enseñanza entre las muchas impartidas por el maestro de Elea es inconfundible cuando hablamos de un Meliso literalmente impactado por el estudio del ser. Lo confirma el hecho de que no solo para Parménides, sino también para intelectuales que Meliso habría podido conocer en persona, como Empédocles, Anaxágoras y Demócrito, fue normal cultivar un saber de amplio o amplísimo espectro, mientras que él afrontó un solo tópico, abstracto y circunscripto: el ser. Por otra parte, Meliso, dio a su libro un título original, *Sobre la naturaleza o sobre el ser*. Esta elección es segura y no puede ser casual: es segura porque el título está referido en dos ocasiones por Simplicio –y este no era del tipo que inventa un título así de singular–; no es casual porque refleja con precisión quirúrgica el contenido. En aquel libro sobre la naturaleza se hablaba del mundo físico solo de pasada, mientras que estamos virtualmente seguros de que acerca del ser Meliso habló de principio a fin.

Ahora bien, él escribió un nuevo libro sobre el ser, pero lo hizo (A) por lo que sabemos, sin jamás mencionar a Parménides y mencionando solo pocas veces el ser, cuestión que sorprende un poco; (B) tratando sobre el ser en prosa, por lo tanto, haciéndose cargo de idear, partiendo de cero, un modo apropiado de desarrollar estos pensamientos, usando un lenguaje y de una modalidad de comunicación que, para la época, no se encontraban de ningún modo disponibles; (C) dedicando al tema no setenta y cinco o cien hexámetros –es decir, menos de diez columnas de papiro, dos o tres de nuestras páginas de texto, quizás apenas el diez por ciento del total del poema–, sino un libro entero, señal de que él había reflexionado mucho sobre el tema y tenía mucho más para decir.

En estas condiciones cambia todo: no hablamos más de un Carnéades olvidado o digno de olvido sino, al contrario, de un personaje que tiene la apariencia de haber tenido un rol mucho más importante que aquel que comúnmente se le reconoce. Intento explicarme mejor porque la cosa no es fácil. Parménides se ocupó a fondo de muchas cuestiones diversas, construyó un saber estructurado y, en muchos casos, creíble en ámbitos muy distintos (por ejemplo, la intersexualidad, las antípodas y la existencia de las estrellas no visibles a simple vista), ocupándose, *también* del ser y exponiendo este tratamiento con claridad. Pero tal vez, muy poco habría sucedido, con respecto al ser parmenídeo, si a una distancia de unos veinte años no hubiera salido el libro de Meliso, que ignoraba todo lo demás, mientras que le dedicaba al tema del ser un tratamiento bastante amplio, notablemente más orgánico y, sobre todo, mucho más claro y mucho más fácil de comprender (comparado con los densísimos versos de Parménides). Él no hizo solo una obra de divulgación, sino que rápidamente fue normal pensar que el libro de Meliso constituía –como en efecto constituye– la mejor introducción al tema.

Después de esto, entró ruidosamente en acción el "ciclón Gorgias", que aprovechó la ocasión constituida por aquel libro para construir una suerte de elaborada parodia. Estamos, en efecto, informados ampliamente, aunque sea en modo indirecto, sobre un escrito suyo que ya en el título tiene el sabor de la parodia, y de la parodia de Meliso: *Perì toû mè óntos è perì phýseos*, (*Sobre el no-ser o sobre la naturaleza*). Por otra parte, es suficiente echar una mirada a los contenidos para tener la más neta confirmación de todo esto: si Meliso intentó construir una ciencia del ser-uno, Gorgias intentó demostrar que no existe ni siquiera el ser, y lo hizo muy bien. Si Meliso se esforzó para construir ladrillo a ladrillo un edificio teórico, Gorgias se divirtió desmontándolo, pero sin tomar a Meliso, o a sí mismo, demasiado en serio. En efecto, él llega incluso a sostener y transmitir en modo convincente que ninguna comunicación puede

tener éxito y con esto se contradice, ya que él está logrando comunicar que no hay comunicación posible. Detrás de estas acrobacias de Gorgias, quien demuestra haber estado fuertemente *impresionado* por el libro de Meliso, se intuye el rastro del segundo maestro de Elea, Zenón.[2]

Se presume que Platón, a su vez, descubrió primero el libro de Gorgias y quedó impresionado, que luego se remontó al libro de Meliso y que finalmente, llegó a la sección del poema parmenídeo dedicada al tema en cuestión. Cuando en *Parménides* él intentó proponer la reflexión sobre el ser-uno, manifiestamente tuvo presente, sobre todo, a Meliso.

Por consiguiente, Meliso tuvo un rol insospechado en el nacimiento del saber concerniente al ser y, como consecuencia, de la ontología. Curiosamente, estamos redescubriendo su rol recién ahora.

4.3. En conclusión

El primer punto que pondría en evidencia es que este librito no propone la típica imagen de Parménides y de Zenón porque hace referencia a investigaciones recientes (o muy recientes) y presenta dos personalidades completamente distintas del modo en que son usualmente representadas. Probablemente se vea que son dos personajes mucho más vitales e interesantes que aquello que se habría podido pensar.

Con ellos, se jugó, en Elea, un gran partido, en realidad, más de uno. Uno de estos partidos se jugó por el lado de la comunicación y de la provocación intelectual; y es tiempo de agregar que, en nuestros días, la provocación

---

2 Hay indicios para pensar que en el libro de Gorgias se menciona el nombre de Zenón. Pero lo que nos habla de un Gorgias como un lector atento y creativo de Zenón es el gusto tan pronunciado por la provocación intelectual, por los juegos mentales.

intelectual se convirtió incluso en moda, tanto es así que los artistas, los músicos, los animadores saben que tienen que sorprender y desconcertar un poco, si no quieren correr el riesgo de pasar inadvertidos. ¿Pero quién dio el puntapié inicial y cuándo? Hay pocas dudas: lo dio Zenón en Elea, cerca del 450 a.C.

Por su parte, Parménides jugó en muchas canchas y puso en marcha muchos partidos. La referencia a la intersexualidad fue suspendida después de la salida de su libro, para ser retomada en la segunda mitad del siglo XX, después de una suspensión que duró unos largos 2.500 años. También el partido relativo a las estrellas no visibles sufrió una larga suspensión, pero hasta los tiempos de Galileo, después de lo cual la cuestión no se detuvo nunca más y ahora se habla ya no de estrellas, sino de un gran número de galaxias, cada una de las cuales está constituida, según nos aseguran, por muchos millones de estrellas. Incluso la idea de una tierra esférica y del hemisferio desconocido se vio privada de desarrollos sustanciales hasta la época de los grandes descubrimientos geográficos. En cambio, la "tarjeta" del ser encontró inmediatamente coprotagonistas, Meliso, Gorgias, Platón, Aristóteles y otros contemporáneos, para después conocer desarrollos importantes en distintas épocas, por ejemplo, con la constitución de un sector de la filosofía denominado "ontología" (eran los tiempos de Galileo) y después con los desarrollos que afectaron al siglo XX y que hasta ahora comprometen a grandes grupos de filósofos.

Como ven, desde Elea partió una estela multiforme, que tampoco se limita a las cuatro o cinco indicaciones ofrecidas y que tiene una característica: los caminos indicados tienen iniciadores bien identificados, a una distancia de milenios todavía están abiertos, son todavía vitales y *todos* tienen un futuro. ¿No es fantástico? ¡Una cosa de así no ocurre casi nunca!



5

Para saber más

Sobre los temas tratados en este pequeño libro se escribe mucho, al menos a partir de fines del siglo XIX, con una progresiva intensificación del flujo de escritos específicos y ampliación de la comunidad de expertos. Basta pensar en este dato: entre 2001 y 2015 fueron publicados no menos de setenta *volúmenes* sobre Parménides (más, como se puede fácilmente imaginar, cientos de artículos, comentarios, voces de enciclopedias, material universitario, capítulos de libros, etc.).

Los textos de Parménides y Zenón y otras informaciones agregadas que llegaron hasta nosotros fueron recogidos en H. Diels-W. Kranz, *Die Fragmente der Vorsokratiker,* I-III, V edición, Berlín 1953. La obra, que ahora está disponible en versión bilingüe (griego y alemán o italiano) en G. Reale (ed.), *I Presocratici,* Milán 2006, trata de todos los presocráticos, no solo de Parménides y Zenón.

Otra importante presentación y discusión de todo lo que se sabe sobre los presocráticos se encuentra en los tres tomos de *Los filósofos presocráticos,* publicado por Gredos en 1981 y siguientes bajo la dirección de C. Eggers Lan y V. Juliá.

En el 2016 A. Laks-G. Most publicaron una completa reconstrucción del Diels-Kranz sobre otras bases en inglés, bajo el título de *Early Greek Philosophy,* Cambridge Massachusetts-London (nueve volúmenes de pequeño formato en el marco de la Loeb Classical Library) y con-

temporáneamente, en francés, bajo el título *Les débuts de la philosophie. Des premiers penseurs grecs à Socrate*, París (un volúmen único y bien robusto, de unas 1.700 páginas).

Existen además numerosas historias de la filosofía antigua y obras colectivas específicamente dedicadas a los presocráticos, como por ejemplo: P. Curd-D. Graham (eds.), *The Oxford Handbook of Presocratic Philosophy*, Oxford 2008.

Además de estas recopilaciones, que conciernen también a decenas de otros autores antiguos, hay numerosas ediciones específicas de los fragmentos de Parménides y Zenón. Entre estas, recuerdo G. Cerri, *Parmenide. Poema sulla natura*, Milán 1999 y, respectivamente, H.P.D. Lee, *Zeno of Elea*, Cambridge 1936 (respecto de Diels-Kranz y Laks-Most, este pequeño volumen de Lee proporciona una selección más generosa de textos antiguos, siempre bilingüe).

El estudio reciente en el cual se intenta dar cuenta tanto del Parménides filósofo del ser y gran razonador como del Parménides naturalista es este: L. Rossetti, *Un altro Parmenide*, I-II, Bolonia 2017. Contiene un apéndice, a cargo de F. Giorgianni, sobre cómo los médicos hipocráticos afrontaron el problema de la formación del feto y cuestiones relativas a esta. Por ahora, este libro tiene un solo precedente: J. Bollack, *Parménide, de l'étant au monde*, Lagrasse 2006. En efecto, en el caso de un gran número de otros escritos sobre el tema se continúa prestándole una atención nula al Parménides naturalista, o al menos muy limitada, y se suele callar del todo al Parménides maestro de la argumentación.

Específicamente, sobre el proemio del poema de Parménides, tenemos ahora a: S. Ranzato, *Il kouros e la verità. Polivalenza delle immagini nel poema di Parmenide*, Pisa 2015. Uno de los raros libros expresamente dedicado a las ideas de Parménides sobre el mundo físico es este: G. Calenda, *Un universo aperto. La cosmologia di Parmenide e la struttura della terra*, Bolonia 2017. Sobre la excitante astronomía de

Anaximandro, punto de partida para la de Parménides, se puede ver un artículo mío: "Il trattato di Anassimandro sulla terra", *Peitho. Examina Antiqua* 4 (2013), 24-61.

Es justo recordar que en los alrededores de la antigua ciudad de Elea se desarrollan desde hace años las conferencias denominadas *Eleatica,* con lecciones de estudiosos de autoridad. Los volúmenes publicados hasta ahora son: N. L. Cordero *et al., Eleatica 2006: Parmenide scienziato?,* Sankt Augustin 2008; J. Barnes *et al., Eleatica 2008: Zenone e l'infinito,* Sankt Augustin 2011; M.L. Gemelli Marciano *et al., Eleatica 2007: Parmenide: suoni, immagini, esperienza,* Sankt Augustin 2013; G. Casertano *et al., Eleatica 2011: Da Parmenide di Elea al* Parmenide *di Platone,* Sankt Augustin 2015; J. Mansfeld *et al., Eleatica 2012: Melissus between Miletus and Elea,* Sankt Augustin 2016; G. Cerri et al., *Eleatica 2013. Dall'universo-blocco all'atomo nella scuola di Elea: Parmenide, Leucippo, Democrito,* Sankt Augustin 2018; A. Bernabé *et al., Eleatica 2015: Parmenide tra linguistica, letteratura e filosofia* (inminente). Cada uno de estos volúmenes (todavía hay uno en preparación) tiene la característica de incluir, a continuación del texto del autor principal, una serie de intervenciones con sus respectivas réplicas.

Desde hace varios años, de Zenón se publica poco, al menos en comparación con Parménides, como si hubiese pasado de moda. Recuerdo dos libros publicados en Italia: G. Colli, *Zenone di Elea. Lezioni 1964-65,* Milán 1998; V. Fano, *I paradossi di Zenone*, Roma 1912.

Recuerdo que este pequeño volumen mío tiene un precedente específico. Se trata de L. Rossetti, *I sophoi di Elea: Parmenide e Zenone. Con Appendice iconografica a cura di F. De Martino,* Bari 2009. Hacer una comparación significaría darse cuenta de que solo las primeras páginas quedaron prácticamente idénticas.

